

“¿Qué poco herméticas son las fronteras de los reinos humanos?

¡Cuántas nubes vuelan impunemente sobre ellas,

cuántas arenas del desierto pasan de un país a otro,

cuántas piedras del monte ruedan por propiedades ajenas dando provocativos saltos!

¿Tengo que enumerar, uno tras otro, a todos los pájaros al vuelo

o al que en este justo momento se posa en una barrera cerrada?

Aunque se trate sólo de un gorrión, su cola ya es fronteriza,

pero su pico es aún de aquí. Y para colmo no se está un segundo quieto.

De los innumerables insectos me limitaré a la hormiga,

que entre la bota izquierda y la derecha del aduanero,

no se digna contestar a las preguntas “de dónde”, “a dónde”.

¡Ah, ver claramente, a un tiempo, ese completo desorden,

en todos los continentes!

¿No es acaso ese ligustro de la orilla opuesta

el que de contrabando pasa por el río una enésima hoja?

¿O no es acaso la atrevidamente manilarga sepia

la que viola la sagrada zona de las aguas territoriales?

¿Se puede acaso hablar de un cierto orden,

cuando ni las estrellas se dejan colocar

para que quede claro bajo cuál ha nacido cada uno?

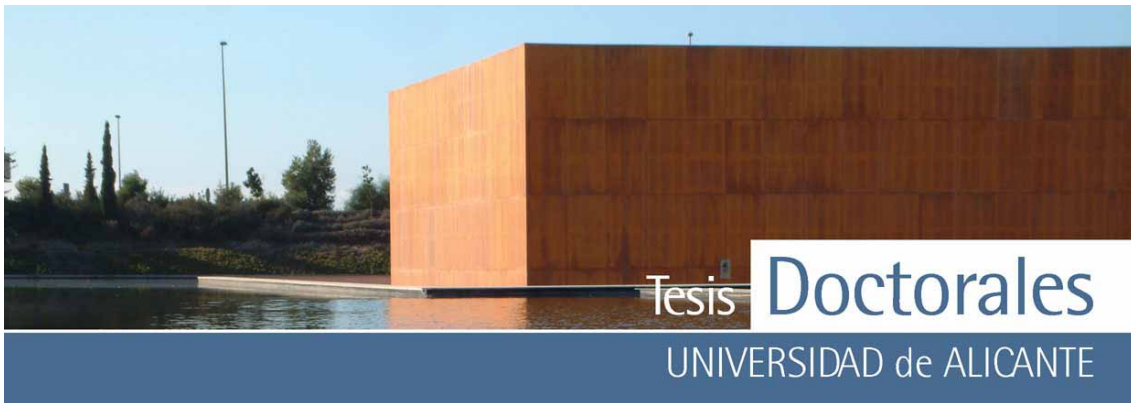
¡Y no hablemos del censurable comportamiento de la niebla!

¡Ni del polen que surca las estepas

como si nunca hubieran sido divididas!

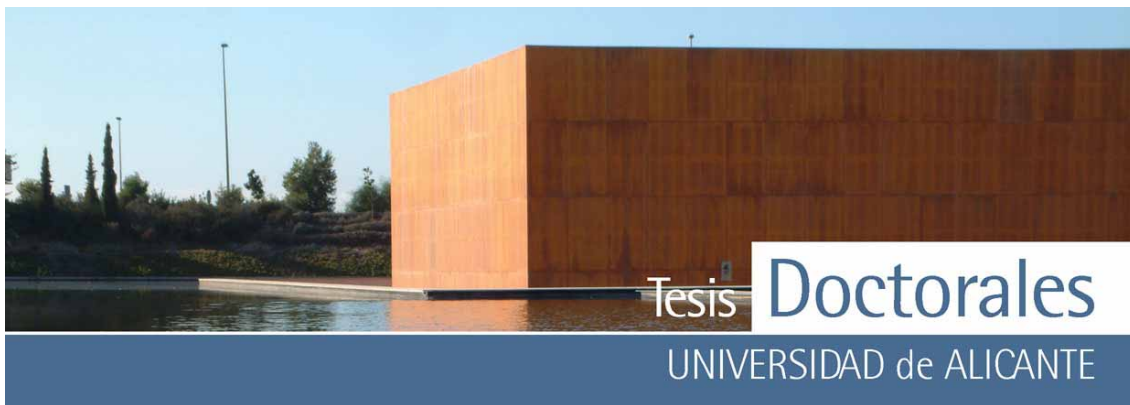
Ni del sonido de las voces en las serviciales ondas del aire:

chillidos evocadores y significativos gorgoteos.



*Sólo lo humano sabe ser verdaderamente ajeno.
El resto son bosques mixtos, viejos topos y viento.*

(WISLAWA SZIMBORSKA, *Salmo*)

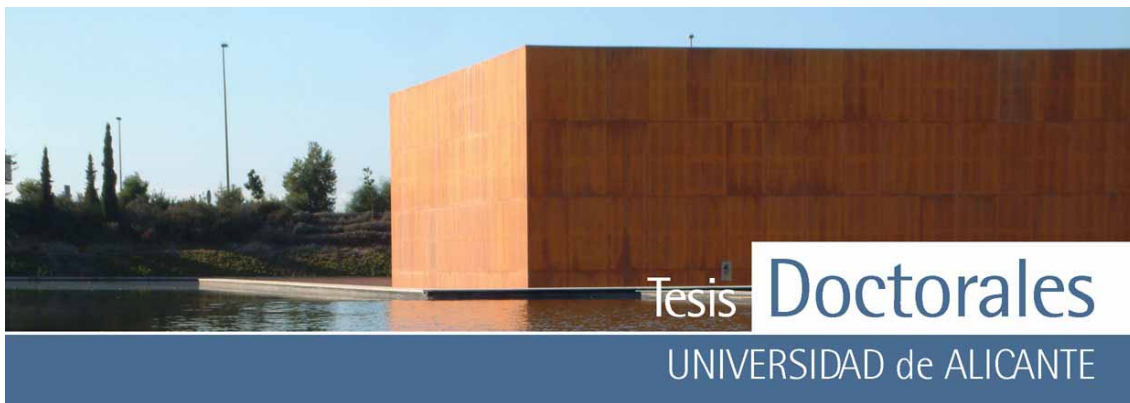


PREFACIO

No siempre resulta fácil hacer explícitos los orígenes de una investigación. Hay, con toda evidencia, muchos elementos en la historia personal y familiar que nos llevan, casi de forma inevitable, a elegir ciertos objetos de conocimiento. Hay lecturas que han modelado nuestra visión del mundo y que se convierten en un sustrato, a veces inconsciente, de ideas y conocimiento, de filias y fobias teóricas, de interpretaciones. Hay personas, amigos, compañeros o simplemente conocidos, de los que uno aprende y con los que comparte intereses. Hay también mucho de azar en los distintos avatares por los que transcurre una investigación y que acaban moldeándola. Y hay condiciones de realización objetivas que nos obligan a realizar el trabajo de una u otra manera: la accesibilidad a la información, el presupuesto, el tiempo, los retos académicos. Esta tesis es, sin duda, el resultado de todo ello.

Cada frase de esta tesis ha sido redactada con la ilusión de contribuir al fomento de una actitud investigadora realista y positiva ante las migraciones; una concepción que se ciña al conocimiento de la realidad, basada en el testimonio de sus protagonistas, y que, sin dejar de abordar los “problemas de la inmigración”, ponga el acento en lo que dicho fenómeno tiene de oportunidad para el desarrollo sociocultural y económico.

En el trabajo del sociólogo los informantes, por definición, son anónimos, y lo son no sólo porque queramos salvaguardar el derecho a la intimidad de las personas, o porque voluntariamente nuestros informantes sólo estén dispuestos a entregarnos la información que les requerimos acaparados en la ausencia de referencias personales. Para el sociólogo, los entrevistados son anónimos porque, en puridad, son o deberían ser intercambiables; porque, en tanto que portadores de las relaciones sociales, en tanto que miembros de esa abstracción sobre la que reposa nuestra disciplina –a saber: la sociedad– no expresan nada que no pueda ser objetivable. Es precisamente la objetivación, la mirada amplia y serena, la tarea del sociólogo.

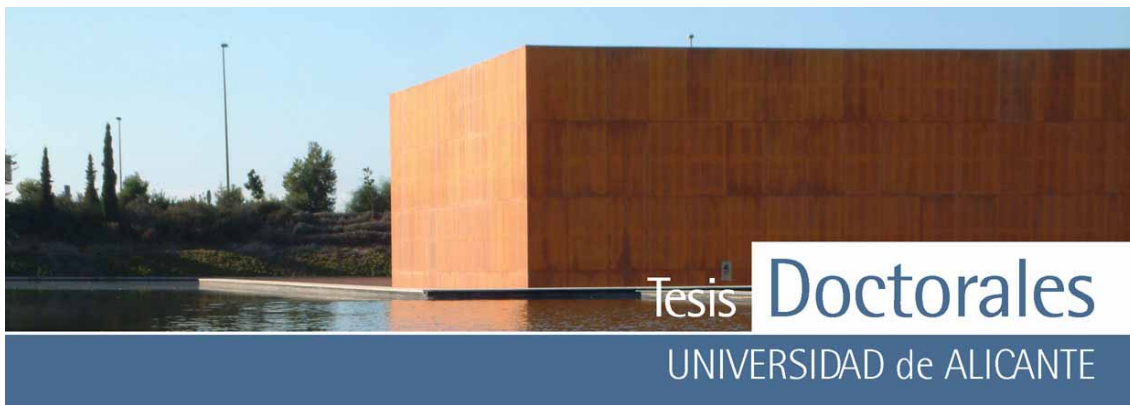


No es del todo así en esta investigación. No hay aquí informantes anónimos. Ellos y ellas, todo lo que han dicho, forman parte de esta investigación, y su aportación es cuanto menos tan importante como la de quien se ha limitado a la tarea de objetivarlos, de traducir a términos disciplinares sus palabras.

Todos ellos han desgranado ante un magnetófono una parte de su vida, se han esforzado por recuperar fechas, han hablado a borbotones o entrecortadamente. Es cierto que lo que han entregado al registro no han sido sus vidas, lejos de esta investigación una pretensión tan ambiciosa como inútil. Se han limitado a la más sencilla tarea de mirar hacia atrás desde el presente, introduciendo, como no podía ser menos, una interpretación sobre el pasado, revivido artificialmente por la situación de entrevista. Han seleccionado sus recuerdos y han establecido relaciones entre los hechos y las ideas que, con toda seguridad, son el resultado de elaboraciones posteriores. Han opinado, como todos opinamos, unas veces desde el sentido común dominante, otras desde ideologías más articuladas, otras desde la particular observación o la elaboración de sus propias experiencias. Han callado muchas cosas, pero menos de las que, de haber podido meditar con antelación, se hubieran propuesto silenciar.

La vitalidad de la palabra, la riqueza de la experiencia humana es tal que quién ha prestado oídos a los otros, quién ha practicado la escucha atenta a la que la investigación obliga, lejos de la indiferencia de la vida cotidiana, siente inevitablemente que traiciona a los otros y a sí mismo, no ya cuando interpreta, sino simplemente cuando traduce la palabra a la lengua escrita. Queremos que los otros escuchen, que perciban, que participen de esas palabras. Imposible tarea, como sabe cualquier entrevistador por aficionado o profesional avezado que sea.

Si esta investigación sólo a mí ha de reportarme beneficios, si las personas entrevistadas han entregado horas de su casi siempre difícil y afanosa vida, arrancado bastante tiempo a sus jornadas larguísimas de trabajo a cambio de nada, justo será, así lo quiero y casi todos de entre ellos han estado de acuerdo, que aparezcan con sus nombres y apellidos como autores parciales de este trabajo. No es agradecimiento lo que merecen, y no es en el obligado capítulo de los reconocimientos personales y académicos donde deben estar. Es algo más.



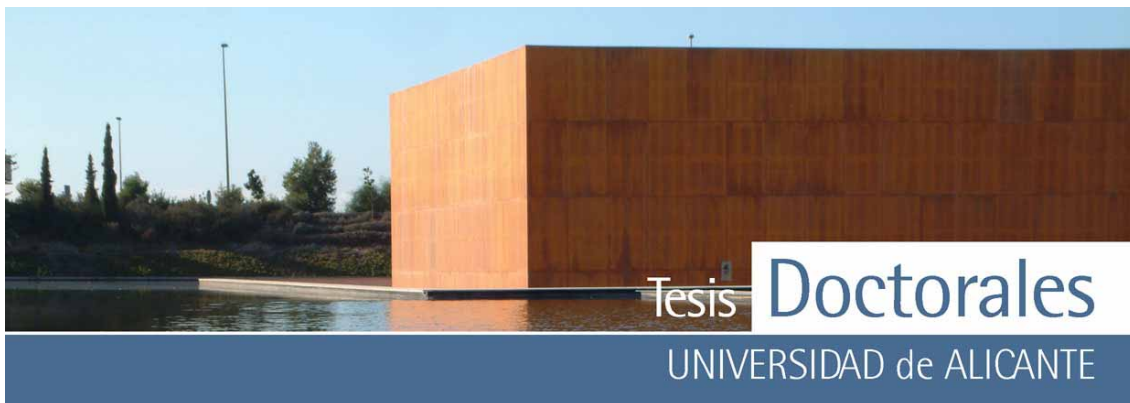
Tengo la impresión, en el momento de redactar esta tesis, de que mi papel ha sido el de mero amanuense. Como todo trabajo de escritura, evidentemente, el mío introduce un orden, una estructura en el relato que es, al mismo tiempo que una forma de distorsión, la condición necesaria de todo relato. Me gustaría pensar que, con las cautelas necesarias, todos los autores pudieran leer esta tesis y reconocerse en ella.

Durante los últimos veinticinco años se han consolidado nuevas pautas migratorias internacionales que han contribuido a que los movimientos migratorios asuman un nivel de globalización nunca conocido en la historia. Se dan dos extensiones en estos movimientos: el volumen de flujos y la ampliación de las redes migratorias, incorporándose a éstas nuevos países emisores y receptores, así como una enorme diversificación de tipos y formas de emigrar.

Este trabajo responde al propósito de mostrar, desde una perspectiva general y a la vez precisa, cuáles son las características esenciales de la inmigración en la sociedad alicantina, repasando sus aspectos más relevantes de carácter social y económico. Entre las muchas posibilidades se ha optado por plantear un estudio panorámico, por lo que se abordan aquellos aspectos que se consideran más importantes para reconocer el perfil y trayectoria de nuestros vecinos extranjeros inmigrantes, desde una perspectiva general y aproximada y tratando de responder a las preguntas más significativas que pueda formularse la sociedad alicantina a este respecto.

Ciertamente podemos acercarnos al fenómeno de la inmigración desde muchos ángulos, todos ellos complementarios, pero a través de este trabajo vamos a tratar de hacerlo desde la comprensión de la enorme capacidad de transformación social, cultural y económica que la inmigración proporciona a Alicante, una lectura poco frecuente y sobre la que escasamente solemos reflexionar.

Lo social comienza en el nosotros. Esta sí es la condición necesaria para la existencia de la sociedad: reconocer el nosotros que habita en cada uno. Entender la emigración como un proceso que se construye y reconstruye en el encuentro de historias personales y de los grupos con procesos y estructuras de orden macroeconómico y social, tener como objetivo el conocimiento de la vivencia y experiencia subjetivas de los individuos, así como los procesos de representación social y construcción



de las identidades colectivas, exige partir de instrumentos de análisis y recogida de datos específicos y adecuados a las metas propuestas.

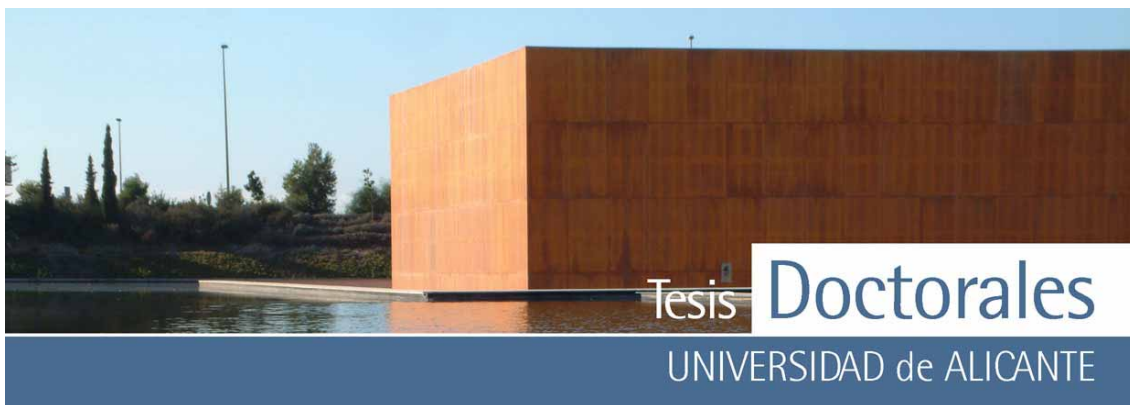
La metodología que se ha seguido en esta investigación para conseguir los objetivos descritos ha sido, por ende, principalmente cualitativa. Además de los relatos biográficos, otras fuentes de datos han sido documentos, memorias, informes y bibliografía diversa.

El trabajo presentado a continuación se estructura en tres partes. La primera está compuesta por una extensa reflexión a propósito del método científico usado, desde el comienzo de su aplicación en ciencias sociales hasta el debate sobre sus ventajas e inconvenientes en el quehacer sociológico actual. Tras esta reflexión metodológica, se profundiza en el concepto de las migraciones desde un punto de vista teórico, realizando, al mismo tiempo, una contextualización de los cambios que ha experimentado este fenómeno demográfico.

Las implicaciones de las migraciones en la vida cultural constituyen una posterior temática previa al estudio pormenorizado de la inmigración, desde un ámbito más general a uno más particular, primero en la sociedad española y, posteriormente, en la sociedad alicantina, haciendo especial referencia al mercado de trabajo, política migratoria y otros modos de inclusión social.

La tercera parte se configura a partir del análisis de los relatos biográficos de extranjeros inmigrantes en nuestra sociedad. Sus testimonios nos servirán para establecer las principales conclusiones con las que cualitativamente se corroboran los objetivos pretendidos en esta tesis. Un glosario con los principales términos empleados, una bibliografía comentada y el guión y transcripción de los relatos biográficos sirven para concluir este trabajo que, sinceramente, ha supuesto un reto apasionante y enormemente enriquecedor para su autor.

Universidad de Alicante, junio de 2005



AGRADECIMIENTOS

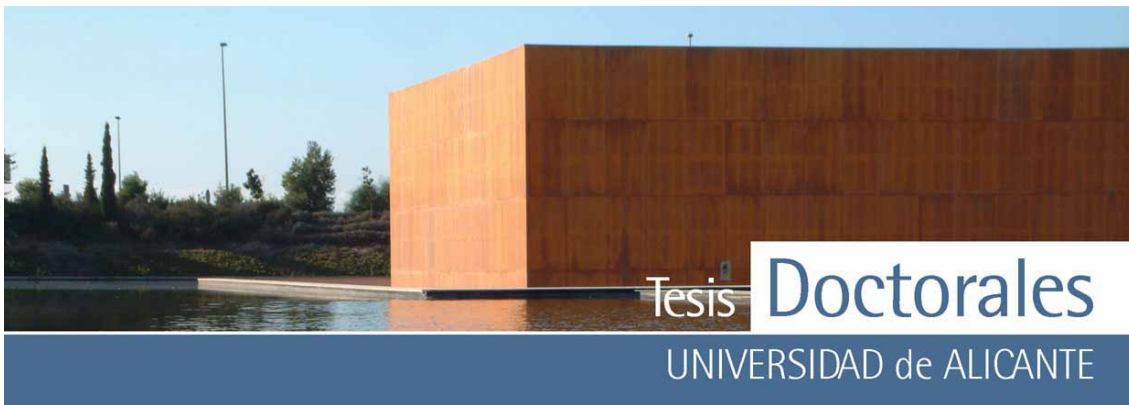
A Inma, sin cuyo incondicional apoyo muchas cosas no hubieran sido posibles. A mis padres, Dolores y Sebastián, también inmigrantes, sin los cuales desde luego no podría estar aquí. Como un homenaje a ellos. A mi hermana Milagros, en un sentir y afecto que va más allá de lo fraternal, por todo lo que me ha dado, y a mi hermano Sebastián, acicate intelectual, modelo y fuente de tantas reflexiones, y también, como no, a Carlos y Martha. A mis sobrinas, Nuria y Dolores, verdaderas musas y talismanes de mi vida.

A mis directores, Mayte Algado y Benjamín Oltra, a quienes tanto debo y tanto tengo que agradecer y que han supuesto mi faro y guía en el quehacer de sociólogo. A María José Rodríguez Jaume, por su constante ánimo, reflexiones y cercanía personal e intelectual. A Antonio Muñoz González, por sus sabios y útiles consejos.

A mis profesores, compañeros y amigos del Departamento de Sociología I, sin su ayuda y apoyo me resultarían impensables tantas cosas y no sólo el hecho de haber concluido la tesis. De ellos he aprendido: Antonio Aledo, Ángel Bastera, Isabel Capell, Ángela de Miguel, Hugo García Andreu, José Ignacio Garrigós, Isidoro Gómez, Milagros González, María Herrera, Raquel Huete, María Jiménez Delgado, Montserrat Juan, Javier López Puertas, Alejandro Mantecón, Tere Martín Gutiérrez, Jaime Martín Moreno, Ariadna Crisantema Martínez, Tomás Mazón, Rafael Mora, Guadalupe Ortiz, Salvador Peiró, David Plaza, Mariano Real, Juan Antonio Roche, Joaquín Rodes, Josep A. Rodríguez Díaz, Antonio Sáez, Juan Salcedo, Salvador Salort, Rafael Valdueza y José Ramón Valero.

A las personas entrevistadas, sus vidas y experiencias constituyen la riqueza de mi investigación. Sus nombres aparecen en el interior. Mención aparte merecen aquellas personas de diversas instituciones que, con su información y contactos, permitieron y facilitaron el acceso a los entrevistados a lo largo de toda la geografía alicantina.

A todos los *Inmigrantes*. Por la búsqueda de un futuro mejor.



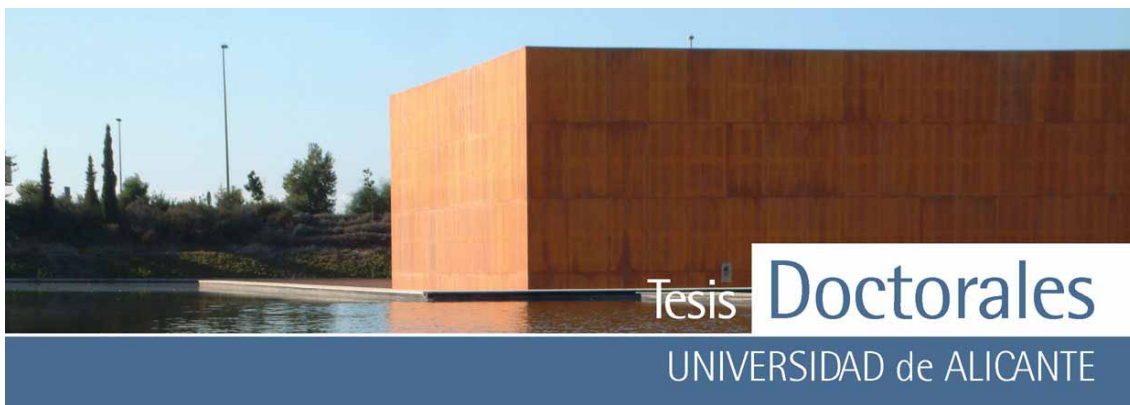
1. MARCO TEÓRICO

1.1. SOBRE EL MÉTODO

La metodología puede definirse como un conjunto concertado de operaciones puestas en marcha para alcanzar uno o varios objetivos, un conjunto de normas que permiten seleccionar y coordinar las técnicas, un cuerpo de principios que presiden toda investigación organizada, un plan de trabajo en función de un fin. En este sentido, la metodología se entiende como un conjunto de procedimientos o instrumentos pero también una orientación general y una actitud hacia el objeto y su tratamiento que remiten, en última instancia, a presupuestos teóricos y formas de explicación concretas. Se refiere más bien a una concepción intelectual que articula un conjunto de operaciones o técnicas.

La marcada opción por el uso de una metodología de carácter cualitativo o estructural –en expresión de J. Ibáñez- en esta tesis, parece condenar a la redacción de un amplísimo capítulo dedicado a la explicación del método. Sin embargo, parece innecesario repetir los obvios argumentos de la distinta capacidad heurística de las perspectivas cuantitativa y cualitativa, y, en consecuencia, su distinta adecuación a unos u otros objetos de estudio. Es cierto que esta afirmación puede pecar de simplista. La posibilidad de integrar el uso de distintas técnicas en una misma investigación, mediante lo que se ha dado en llamar la *triangulación*, es una opción práctica que desconoce que entre los métodos cuantitativo y cualitativo existe una discontinuidad teórica; y que los presupuestos sobre los que se han construido son muy disímiles, incluida la propia definición del objeto: el carácter mismo de la realidad social. Aunque el debate rebasa las posibilidades de este trabajo, inevitablemente muchos de estos problemas se han suscitado en el diseño de la investigación y, por lo tanto, no ha sido posible hurtarlos a la discusión, aunque sea puntual.

En este capítulo repaso los avatares que el uso del enfoque biográfico ha tenido en nuestra disciplina y en otras ciencias sociales. Este repaso, que de ningún modo pretende ser exhaustivo, se cierra con las obras y los autores a los que este trabajo debe su inspiración más próxima. Su pretensión es exclusivamente orientar la discusión hacia aquellas cuestiones más problemáticas que plantea la



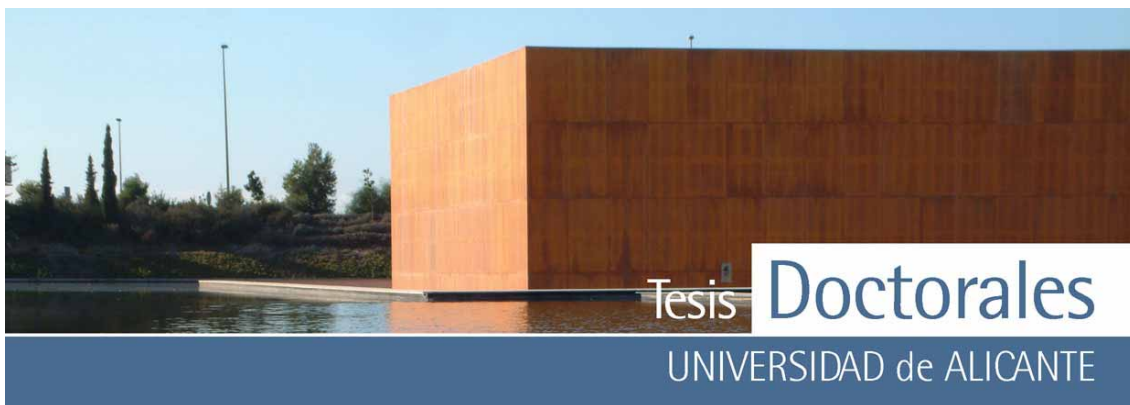
metodología, con el fin de hacer explícitas las opciones que esta investigación ha realizado y sobre las que se sustenta. Mayor concreción merece la explicación sobre cada una de las numerosas decisiones metodológicas que van conformando una investigación, desde la temprana fase de su diseño, hasta la recogida de la información y el análisis. Son precisamente esas decisiones concretas, el modo particular en que una investigación resuelve la distancia entre los genéricos enunciados epistemológicos y las dificultades de aprehender un objeto concreto, las que requieren detalladas justificaciones, pues es en ellas donde se resuelve el problema de la legitimidad.

1.1.1. El enfoque biográfico en las ciencias sociales

El estudio biográfico cuenta en sociología con una ya antigua tradición, que se remonta hasta los inicios de este siglo. Su historia, sin embargo, sometida a los avatares del desarrollo mismo del pensamiento sociológico, ha pasado por períodos de reconocimiento académico y por otros de desprestigio y olvido. En el camino, nos ha dejado un conjunto de obras de indudable interés y, sobre todo, una serie de trabajos empíricos, cuyo vigor no ha podido ser empañado por las más ambiciosas pretensiones de la corriente positivista o del pensamiento sistémico.

El estudio pionero de Thomas y Znaniecki, *The polish peasant in Europe and America*, publicado parcialmente entre 1918 y 1929, que no vio luz definitiva hasta 1958, es quizá el trabajo inaugural y más ambicioso de entre los que se han ocupado de los documentos personales. La vida de un campesino polaco emigrado a los Estados Unidos es reconstruida minuciosamente por Thomas y Znaniecki a partir de diversas fuentes:

- (a) una narración prolija de su historia personal.
- (b) un importante volumen de cartas, setecientas sesenta y cuatro, escritas en diferentes períodos.
- (c) documentos de un periodo campesino polaco.



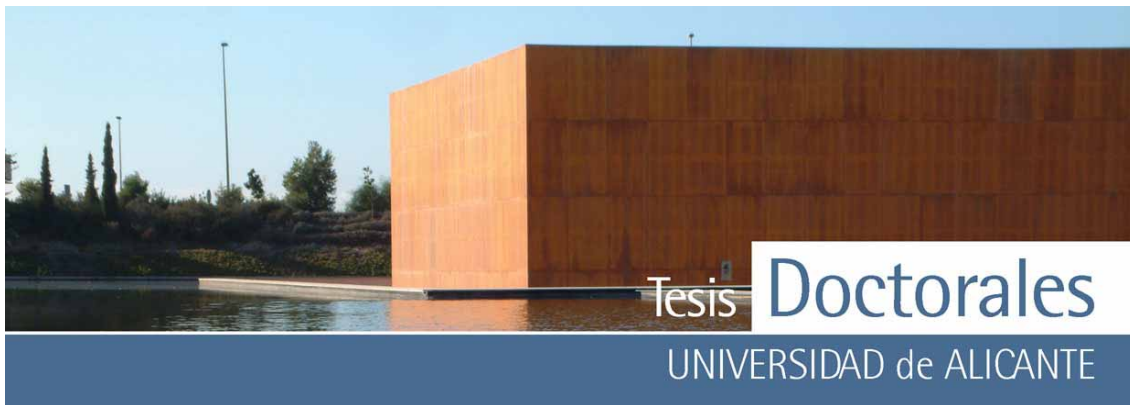
(d) archivos de organismos americanos y europeos dedicados a la emigración.

(e) informes sobre terceras personas extraídos de tribunales e instituciones asistenciales.

En opinión de Thomas y Znaniecki, la biografía reconstruida a partir de documentos personales es el método “más perfecto” para el trabajo de los sociólogos, cuya única limitación deriva de un problema práctico: “la dificultad de recoger una masa suficiente de documentos que permitan el estudio exhaustivo de los fenómenos sociales”. (Thomas y Znaniecki, en Pujadas Muñoz, 1992:59)

Una opción metodológica se apoya siempre en una concepción sobre la misma realidad objeto de estudio. En el caso de Thomas y Znaniecki, esta concepción es explícita y contundentemente expresada: “La causa de un fenómeno social o individual nunca es solamente otro fenómeno social o individual, sino siempre una combinación de un fenómeno social y otro individual”. (Thomas y Znaniecki, citado por Plumier, 1989) Esta formulación, quizá demasiado simple para el gusto actual, no deja dudas acerca de las orientaciones teóricas de los autores. Sólo una sociología de la adscripción “comprehensiva”, que considere la acción social como una acción objetiva orientada subjetivamente, con sentido y significación para el actor social, sean cuáles sean los efectos finales de dicha acción, podría tomar la vida misma de un actor como objeto de indagación. El mismo Thomas formuló su concepción bajo la forma del teorema que lleva su nombre: “Si los hombres definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias”.

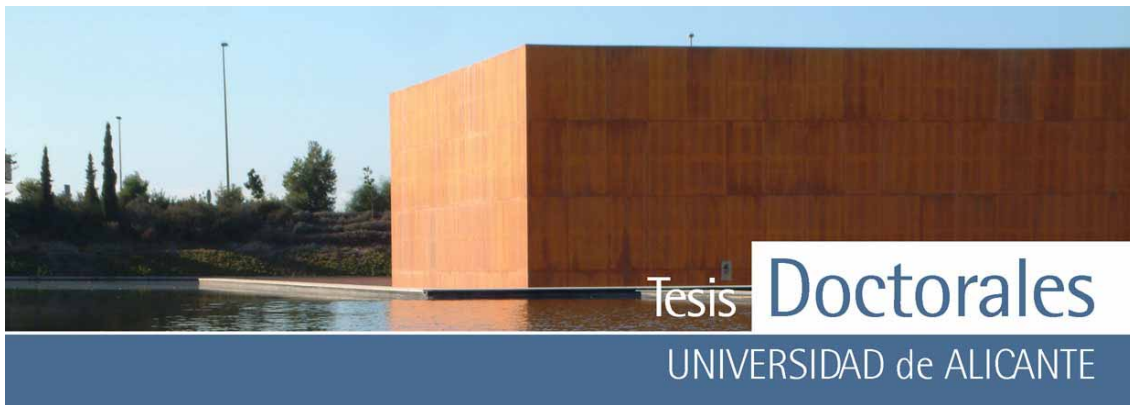
La Escuela de Chicago, a partir de la década de los veinte, utilizó frecuentemente la aproximación biográfica, produciendo una serie de brillantes trabajos centrados sobre todo en la vida de “gente de la calle”: delincuentes, madres solteras, negros, trabajadores residuales, *emigrantes*, etc. son objeto frecuente de interés para estos estudiosos. Autores como el propio Thomas, E.F. Frazier, Clifford Shaw, Mowrer, Anderson, Zorbaugh, Thrasher o Edwin H. Sutherland, o Mirra Komarowsky, que trabajaron en los años treinta y cuarenta, ejemplifican el interés por conocer los problemas sociales concretos, iniciando así la fructífera tradición de estudios que sin duda constituyen el gran legado de la Escuela de Chicago. Esta escuela, por otra parte, es la que dio la necesaria legitimación institucional e intelectual al enfoque biográfico, antes por supuesto de que las nuevas corrientes de la sociología



americana, de la mano de Lazarsfeld y Parsons, impusieran sus enfoques más “científicos”, que acabarían por ser identificados como los únicos posibles en la sociología.

El interaccionismo simbólico, asumido por la Escuela de Chicago a partir de los años treinta va a ofrecer el necesario sustento teórico a estas investigaciones, así como su orientación definitiva para las próximas décadas. Al centrar su objeto de estudio en los procesos de interacción social, considerada ésta como una acción de carácter recíproco orientada simbólicamente, considera que los sistemas culturales y las relaciones sociales no vienen establecidas de una vez por todas, desde fuera, sino que son elaborados a través de experiencias concretas por los agentes humanos en interacción y, por tanto, la investigación debe atender a esos procesos psicosociales. H. Blumer, que acuñó el término “interaccionismo simbólico”, resume bien estas posiciones: “en todos y cada uno de los casos de acción social (...) el individuo o grupo activo tienen que enfrentarse a un conjunto de circunstancias exteriores, y en especial a un conjunto de reglas de grupo sobre cómo actuar; estas circunstancias y reglas sociales constituyen el marco objetivo de la línea de actuación dada. Al mismo tiempo, el actor aborda estas condiciones objetivas como un conjunto de disposiciones subjetivas tales como deseos, apetitos, esperanzas, temor, aversiones, intenciones y planes. La acción social, o lo que la gente hace, da como resultado una combinación de condiciones objetivas y disposiciones subjetivas; es decir, que una persona actúa de un modo que tiene un significado para el grupo (el factor objetivo) y sin embargo, actúa de ese modo como respuesta a qué piensa él de eso y cómo lo evalúa (el factor subjetivo)”. (Blumer, 1979:9)

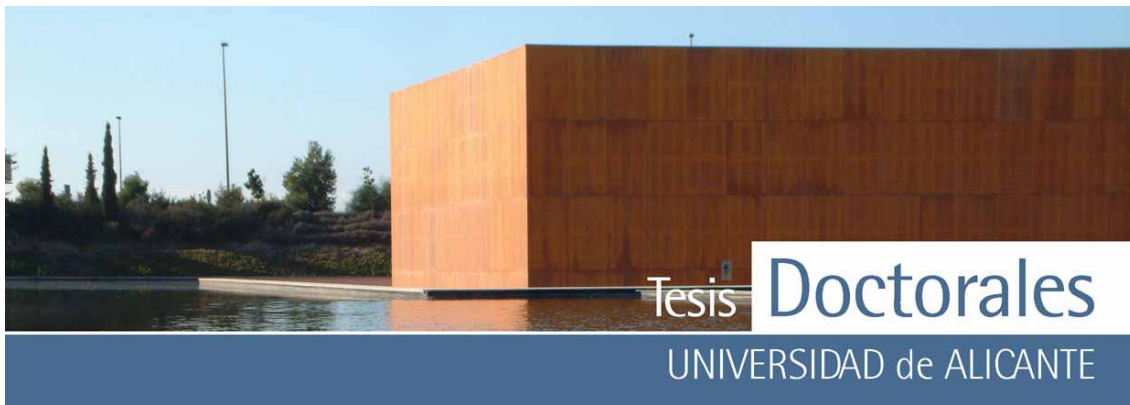
Lo que el grupo dirigido por Burgess y Park trató de hacer fue no sólo describir, mediante un trabajo que Pujadas Muñoz califica de “miniaturismo exuberante” (1992:36), la compleja y rica realidad de una ciudad, sino, sobre todo, contribuir a la producción teórica, a partir de estudios de caso de personas o grupos sociales identificados que permitieran realizar generalizaciones. Ahora bien, incluso un autor como Hans Joas, adscrito a esta corriente, admite que el interaccionismo simbólico ha tendido a centrarse en los fenómenos de la inmediatez personal, reduciendo lo social a una visión casi exclusivamente psicológica, que desconoce las relaciones macrosociales. Su opción única a favor del “empirismo cualitativo” en la investigación les ha impedido todo diagnóstico social capaz de considerar “el desarrollo y el contexto histórico de una época”. (Joas, 1990:148)



Durante el mismo período, en Europa, no se produjo ningún movimiento de parecida relevancia. El interés por el enfoque autobiográfico y los documentos personales sólo encontró un cierto eco en Polonia. La influencia de Znaniecki, de origen polaco, y la resonancia de su obra sobre el campesino emigrante, llevó a la convocatoria durante 1921 y en las décadas siguientes de concursos de narraciones biográficas. Jóvenes campesinos, emigrantes, alcaldes de aldeas, médicos, profesores, trabajadores de distintos oficios y muchos otros grupos inspiraron la redacción de miles de biografías polacas.

El método autobiográfico, salvada esta excepción, va a desaparecer prácticamente del panorama sociológico durante los años cuarenta. Las técnicas más "intensivas" de recopilación de datos, como la observación participante o los documentos personales, se van a ver desplazadas del interés de la sociología, más interesada en adelante en los grandes estudios de ámbito estatal o mundial, que precisan para su realización de técnicas más "extensivas" de recogida de datos y tratamiento estadístico. El perfeccionamiento de la encuesta por cuestionario, tal y como hoy lo conocemos, y su utilidad demostrada para obtener ingentes cantidades de información, -capaces, por ejemplo, de permitir proyecciones electorales- se van a imponer sobre las viejas técnicas, más localistas, y más dependientes de las orientaciones teóricas.

Técnicas de masas para una sociedad de masas, las nuevas técnicas cuantitativas, de funcionalidad comprobada y predicada adscripción democrática, se van a convertir en los únicos instrumentos útiles para dar cuenta de una sociedad concebida como un microsistema integrado y onmicomprensivo. Empirismo positivista y estructural-funcionalismo serán los dos polos de una misma sociología que abandona como terreno de nadie el inmenso campo que media entre los individuos aislados y sus opiniones, y la abstracción de las estructuras: "La combinación de Lazarsfeld y Merton", como se denominó al método sociológico después de ese punto de inflexión, combinaba una sofisticada investigación social empírica de orientación cuantitativa con una teoría estructural-funcionalista desvinculada de su contexto y orígenes histórico-filosóficos, y reducida a una aplicación de alcance medio. Esa combinación se presentaba como el epítome de todo cuanto tenía de valioso la herencia de los sociólogos europeos clásicos, y como el modo de integrar esta herencia en el acervo teórico y en un método de adquisición del conocimiento acumulativo y profesionalmente respaldado. Es evidente que

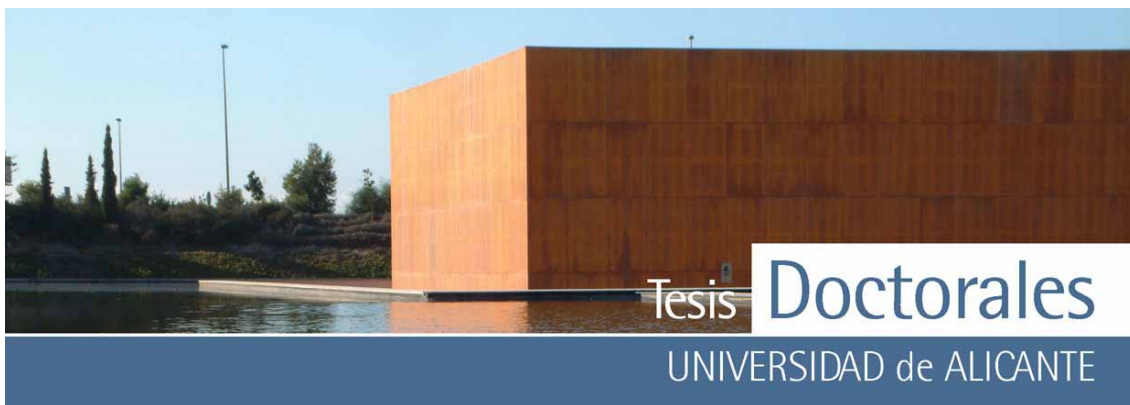


para mantener la identidad de la disciplina fue necesario pagar el elevado precio de suprimir aquellas tradiciones que difícilmente podían integrarse en la nueva imagen de la sociología". (Joas, 1990:112)

A partir de los años cuarenta, la antropología social va a tomar el relevo de la sociología, mostrando un interés creciente por las historias de vida. La antropología, tanto por la definición de su objeto como por el carácter concreto de las investigaciones que emprende más a menudo, ha estado tradicionalmente más cercana a este enfoque. En la práctica, la recogida de historias de vida y documentos personales ha formado siempre parte de los cuadernos de campo de los antropólogos. Sin embargo, al igual que la sociología, también en esta disciplina ha primado una concepción idiográfica de la ciencia, orientada a la búsqueda de los elementos estructurales de la cultura y escasamente interesada por los documentos personales, de forma que, aun habiéndolos recogido con frecuencia, han sido tratados como material de segunda mano.

Pujadas Muñoz (1992:16), siguiendo la obra de Kluckhohn (1945), establece el origen del uso biográfico en la antropología en una serie de obras norteamericanas dedicadas al estudio de los grandes jefes indios, una vez que estos ya habían sido derrotados y confinados a las reservas, y sus culturas estaban en trance de desaparecer. A los primeros relatos, de escaso valor científico y gran éxito editorial, siguió la aparición durante las décadas de los veinte y los treinta, de una larga lista de obras más rigurosas, a cargo de autores en muchos casos ligados a la Escuela de Cultura y Personalidad, como Radin, Salir, Michelson, Harrington, Erickson, Opler o White.

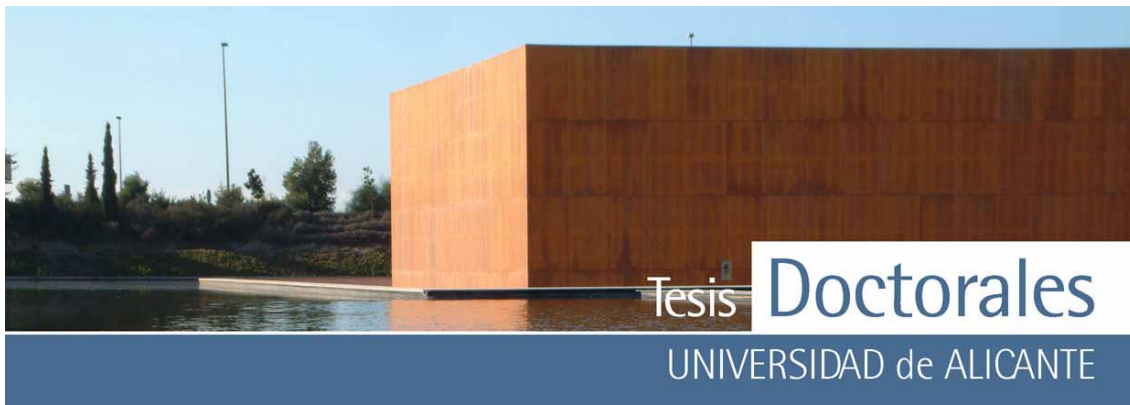
Pero sólo en la década de los cuarenta se van a publicar los tres grandes clásicos de las monografías biográficas en antropología: las obras de Dyk, Ford y Leo Simmons. La primera de ellas, publicada en 1938, estaba centrada en la vida del hijo de un jefe *navaho*, la segunda, a través de la biografía de un *kwakiutl*, documenta la vida del grupo y, especialmente, la tan conocida institución del *potlach*; la tercera, es la más conocida de las tres, recoge el relato autobiográfico del *hopo* Don Talayesha, que escribió 8.000 páginas. Simmons pagó el trabajo de su informante y publicó posteriormente sólo la quinta parte, una vez retocado el estilo.



Estos grandes documentos tampoco van a servir para que el enfoque biográfico se consolide en antropología. A partir de los años cincuenta, su uso se va a ver reducido al estudio de problemas concretos, siempre con objetivos poco ambiciosos, cuando no meramente ilustrativos. Es el caso de los estudios sobre cambio cultural, donde se trata de observar los efectos que sobre la vida cotidiana de los individuos tienen los grandes cambios estructurales. Estudios como los de Pozas, Smith, Spindler, Curie y sobre todo el de Mintz –*Worker of the cane*- van a continuar esta tradición.

Pero, sin duda, será la obra de Óscar Lewis, sobre todo *Los hijos de Sánchez*, verdadero éxito editorial de masas, ampliado además por una versión cinematográfica, la que va a alcanzar una mayor repercusión. La idea de Lewis de ofrecer una visión panorámica a través de relatos individualizados y paralelos, y sobre todo la calidad literaria y la fuerza expresiva de los relatos, lo han convertido en un clásico. Las críticas a la obra de Lewis, aunque numerosas, no han dejado nunca de reconocer el enorme valor testimonial que aporta al estudio de la pobreza. Por otra parte, estas críticas no se han referido tanto a la metodología como a la concepción teórica de Lewis sobre la que se apoyan todos estos trabajos y que se resume en su concepto de “cultura de la pobreza”. Si la pobreza es una cultura, o con mayor exactitud una subcultura, aquellos que se ven inmersos en ella son exculpados de su propia situación, alejando así tanto los demonios de un etnocentrismo bienpensante y estigmatizador como de la responsabilidad individualizada. Sin embargo, la concepción culturalista termina por desvincular la pobreza del medio donde se origina, remitiendo su extensión y reproducción a la cultura misma, y aceptando la idea de un círculo vicioso de imposible salida, que explicaría su persistencia más allá de las condiciones objetivas, de las políticas sociales, del reparto de la renta y, en general, de la evolución social y política. Esta es quizá una de las trampas de las teorías que buscan en la proximidad de los individuos los orígenes y las explicaciones de sus males. (Frau, Hurtado, San Miguel, Núñez de Cela, 1984)

Durante los años sesenta y primeros setenta, a pesar del impacto de la obra de Lewis y de otras aportaciones excepcionales, el auge en la antropología europea y en una parte de la americana del estructuralismo, y la influencia de Levi-Strauss sobre la disciplina van a impedir el desarrollo del enfoque biográfico. Desde esta perspectiva, es evidente que el relato biográfico o la historia de vida son documentos que pueden tener interés testimonial, pero no constituyen en ningún modo materiales científicos. Antes bien, la experiencia individual así recogida ofrece una “visión desde dentro” de una

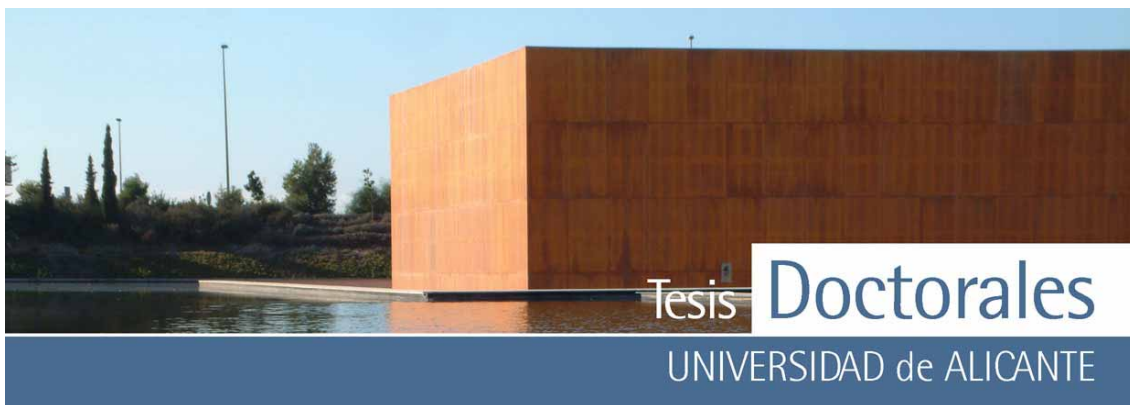


cultura que puede cegar, o al menos distraer al etnólogo de su tarea: la de recoger los elementos que van a permitir una sistematización teórica. Son las estructuras subyacentes y no la concreción de la vida de los individuos o los grupos lo que interesa a la ciencia. Levi-Strauss puso desde muy temprano las piedras de una concepción que pronto habría de toparse con el paradigma lingüístico y sus clásicas distinciones *langue-parole*, *significado-significante* que tanta influencia llegaron a tener sobre el pensamiento europeo durante estas décadas.

No es extraño, por tanto, que hasta bien avanzados los años setenta no se vuelva a hablar apenas sobre biografía en antropología, al calor de una moda que va a traspasar las fronteras disciplinarias para dominar intensa, aunque brevemente, el pensamiento social.

En la sociología, a partir de los años sesenta la hegemonía del positivismo y del *survey research* entra por fin en crisis. Las críticas de Mills, Sorokin, Gurvitch y Lefèbvre son, junto a otros factores de índole social y política, responsables de este giro. Despacio, pero inexorablemente, se va abriendo paso la idea de una sociología plural tanto en lo que se refiere a las orientaciones teóricas como a los métodos que debe sancionar, un pluralismo que ya no puede ser considerado como el resultado de sus insuficiencias, sino que deriva del carácter mismo de su objeto. A pesar del tiempo transcurrido, las sencillas apelaciones de Mills a un viejo y renovado proyecto para la sociología mantienen su vitalidad: “La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esa trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres. Por tales medios, el malestar personal de los individuos se enfoca sobre inquietudes explícitas y la indiferencia del público se convierte en interés por las cuestiones públicas (Wright Mills 1979:25).

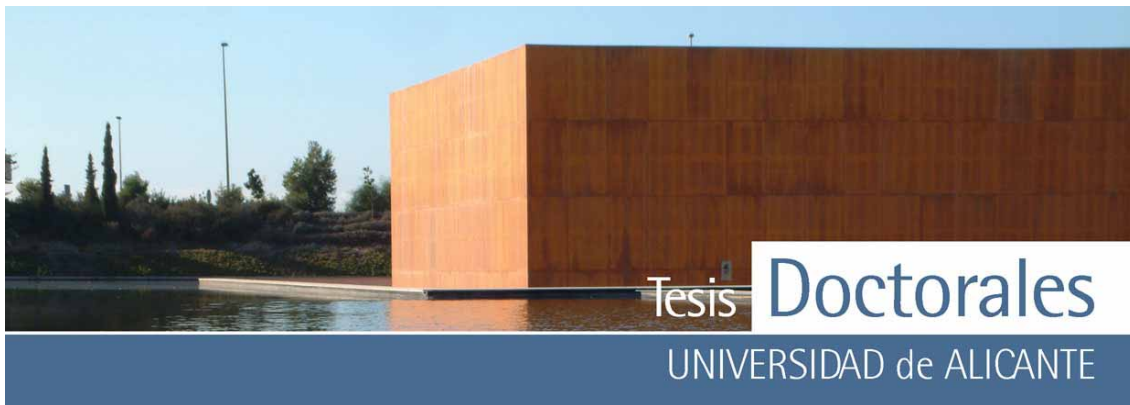
A partir de los años sesenta los estudios basados en documentos personales y sobre todo en historias de vida tienen un carácter desigual. El enfoque biográfico se va a utilizar en estudios limitados a grupos más débiles o a problemáticas sociales próximas a la marginación: mujeres, homosexuales, presidiarios, drogadictos, prostitutas. La mayor dificultad para acceder a algunos de estos colectivos y



para someterlos a técnicas normalizadas las hace más idóneas. Inglaterra fue el país que mayor número de estos trabajos aportó. En su modalidad más extrema, alcanzó un cierto éxito lo que se dio a llamar “*periodismo de guerrilla*”, cuyo más destacado representante fue Tony Parker, defensor de la idea de entrevistar, transcribir y publicar sin ningún tipo de análisis los documentos personales, de forma que la interpretación de los textos quedara exclusivamente a merced del lector.

En esta breve reseña, hay que referirse, aún por su excepcionalidad, al interés que las historias de vida despertaron incluso en los teóricos de la negación del sujeto. Así, el mismo Foucault elaboró dos estudios de caso. El primero, *Pierre Rivière*, relata la historia de un campesino de veinte años de edad que asesinó a su madre embarazada, a su hermana de dieciocho años y a su hermano de siete, en 1835; el segundo, *Herculine Barbin*, cuenta la historia de un hermafrodita francés del siglo XIX juzgado por abusos sexuales.

Pero va a ser sobre todo durante las dos últimas décadas cuando el enfoque biográfico, arropado sin duda por un cualitativismo más agresivo en la defensa de sus presupuestos, ha vuelto a hacer irrupción en el panorama sociológico. En opinión de Sarabia, “La crisis del naturalismo en las ciencias sociales ha llevado a replantear desde perspectivas metodológicas y ontológicas nuevas, el papel de las historias de vida y de otros tipos de documentos personales” (Sarabia, 1986:197). Dos características marcan el renovado interés por el enfoque biográfico: de un lado, es un movimiento que afecta al conjunto de las ciencias sociales, lo que permite ampliar el debate y enriquecer los resultados; de otro, su recuperación se produce desde enfoques teóricos absolutamente distintos. Si tradicionalmente esta metodología estuvo impregnada de la orientación excesivamente psicológica que aportó el interaccionismo simbólico, ahora va a ser un instrumento utilizado por teorías de la más diversa índole. Como señala Bertaux para ilustrar esta diversidad: “Lo que llama la atención al primer golpe de vista es una gran variedad que persiste aunque se repartan estas investigaciones según la escuela de pensamiento, el tipo de objeto sociológico o la población interrogada. Así, las escuelas de pensamiento van del marxismo sartreano (Ferrarotti), neomaterialismo (Wallerstein), estructuralismo (Bertaux y Bertaux-Wiame) o simplemente empírico (Kemeny, Lefèbvre-Giroudard, Karpati, Léomant), a la teoría de roles (Luchterhand) y la hermenéutica (Kohli), pasando, por supuesto, por el interaccionismo simbólico (Denzin) y otras varias corrientes teóricas inspiradas en los trabajos de Max Weber (Camargo), Louis

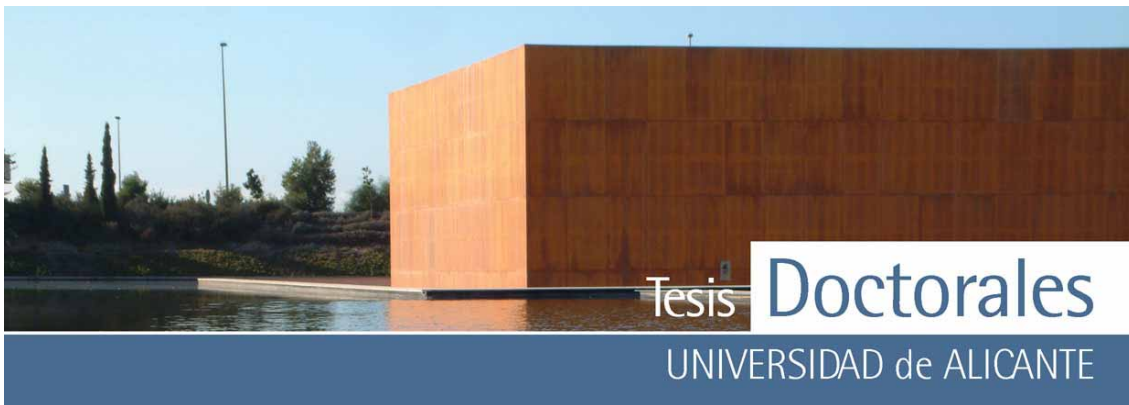


Dumont (Catani), Fernand Dumont (Cagnon). Pero esta diversidad se enriquece todavía más por la participación de investigadores que utilizan los *recits de vie* en el contexto de otras disciplinas, tales como la antropología (Elegoet), la historia social (Thompson, Synge, Bertaux-Wiame), la psicología social (Hankiss), la psicohistoria (Elder)". (Bertaux, 1980:202).

En conclusión, se trata de un movimiento que atraviesa distintas disciplinas, sobre el trasfondo de cambios sociales y nuevas concepciones sobre las ciencias que han afectado a todas ellas. Este carácter interdisciplinario permite el arropamiento común y un mayor impacto social. Así, además de la sociología, la historia, a través de lo que se ha dado en llamar "la historia oral", la antropología, incluso la moderna arqueología industrial, o la psicología social han reformulado y puesto al día las viejas historias de vida en un intento que va mucho más allá de recuperar una práctica de investigación o una técnica concreta, que pretende ser, sobre todo, una nueva manera de hacer teoría y ciencia social, a partir de la crítica del paradigma positivista, de los excesos del estructuralismo, de las limitaciones del interaccionismo y de un marxismo pasado por la relectura estructuralista, sin negar ninguno de ellos.

Como es inevitable, esta nueva oleada va a producir efectos de renovada "sacralización" del método, sobre todo por parte de aquellos que lo redescubren como una poderosa arma antipositivista. La mayoría de los autores, sin embargo, parecen acogerse en mayor grado a esta actitud postmoderna del *dejá vu*, una visión poco heroica de quien ya no cree en el descubrimiento, sino tan sólo en la distante utilización de distintos elementos culturales o científicos, y de las nuevas posibilidades de conocimiento, siempre que su uso se circunscriba a determinados objetos y con finalidades concretas. En este sentido, el enfoque biográfico puede recuperar lo más rancio de su tradición sin cargar por ello con todos los presupuestos y las teorías que han estado detrás, sin dejarse contaminar por el exceso de énfasis en el sujeto, en la individualización de las conductas, en el romanticismo heroico que han arrastrado las biografías.

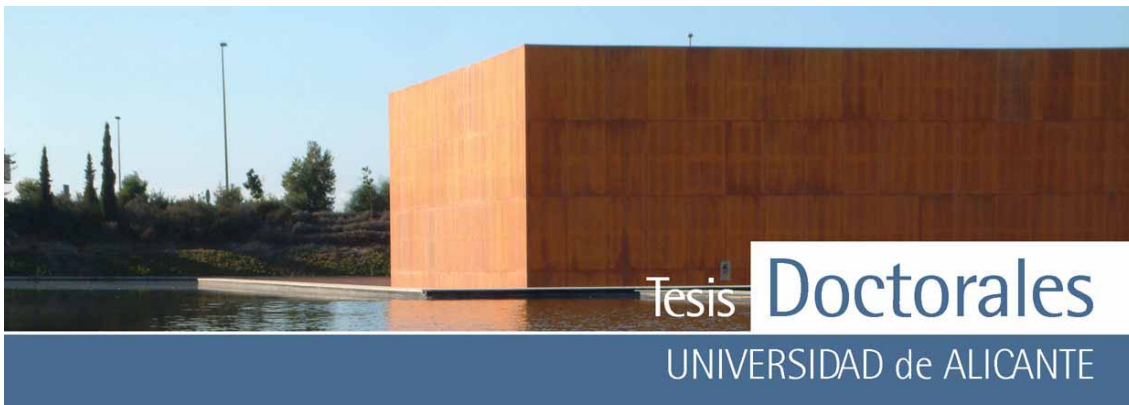
En esta renovación, Bertaux ha tenido, sin lugar a dudas, un papel predominante. Su estudio sobre los panaderos franceses (Bertaux y Bertaux-Wiame 1993) ha ejercido una inmensa repercusión, no tanto por sus aportes al conocimiento de la panadería francesa, como precisamente por sus connotaciones metodológicas, que por otra parte se ha encargado de popularizar en toda su obra. Para



Bertaux, al que seguiremos con más atención en otros apartados, “la recopilación de relatos de vida no es una técnica. Es mucho más que eso. Es una perspectiva sociológica, y esta perspectiva compromete, inevitablemente, una puesta en cuestión de todos los demás aspectos de la práctica sociológica” (77:99). A él debemos, entre muchas aportaciones, un intento serio por dar legitimación al método haciéndole cumplir, con las debidas distancias, todos los requisitos que la investigación científica impone. Así, por ejemplo, su defensa de la posibilidad de verificación de hipótesis, su idea de representatividad de la muestra mediante saturación, que permite por otra parte otorgar validez a las investigaciones, así como su apuesta por el método al servicio de una “sociología estructural”, ajena a una visión subjetivista de la realidad social, constituyen grandes aportaciones.

No resulta fácil encuadrar la obra polifacética, y a menudo difícil, de Bourdieu. Seguramente él no estaría de acuerdo plenamente con verse integrado entre los metodólogos del enfoque biográfico que él mismo ha criticado. Sin embargo, una parte de su obra ofrece argumentos suficientes para avalar, al menos parcialmente, su inclusión aquí. Si a menudo ha afilado las armas de la crítica y la ironía contra la obsesión cuantitativa, es sobre todo en su obra, *La misère du monde* (1993), donde sin mencionar nunca los términos autobiografía, historia, relato de vida o cualquiera de los términos al uso, nos da una lección práctica de utilización de esta metodología. Bourdieu se ha limitado a publicar la transcripción de las entrevistas realizadas y, por toda teoría, ha escrito un prólogo y un epílogo que ofrecen suficientes herramientas para enfrentarnos en soledad a la tarea de leer y comprender una parte de la sociedad actual francesa. Sin internarse en el debate epistemológico, metodológico y técnico –según una distinción del mismo autor-, Bourdieu se limita a reflexionar sobre el trabajo del sociólogo y sus dificultades intrínsecas; y, si toma partido, es sólo contra una sociología mistificadora, continuadora de las peores artes de la política o el periodismo, una sociología que, desde cualquier perspectiva metodológica, se construye para mayor gloria de un sentido común al que sigue colocando como el oponente de la ciencia.

Ferraroti, además de sus estudios monográficos sobre las zonas suburbanas de Roma, ha sido un divulgador y sobre todo un teórico del enfoque biográfico. Ferraroti defiende una ciencia social capaz de estrechar la distancia entre “las características estructurales objetivas del contexto en el que los individuos y los grupos primarios actúan” (Ferrarotti, 1993) y la existencia concreta de los individuos y los grupos donde se insertan. En Ferrarotti, la preeminencia concedida a lo estructural –al contexto social,

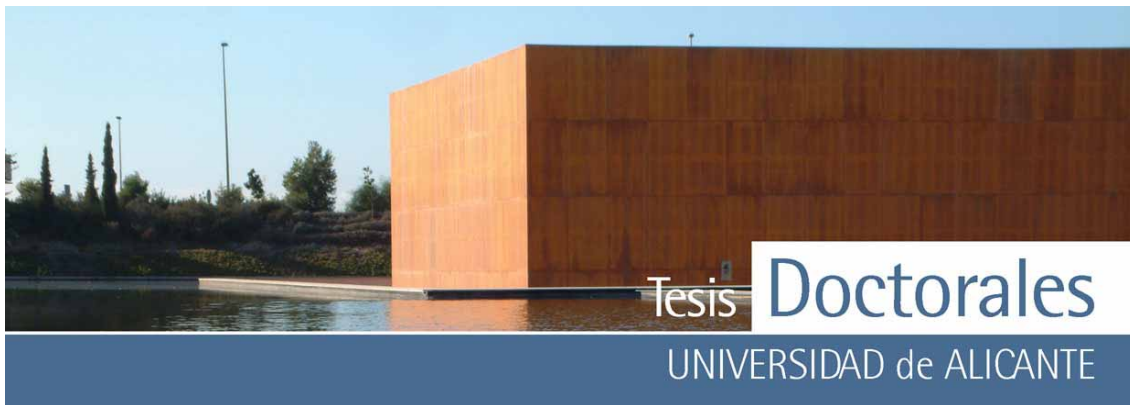


económico y político- es congruente con un marxismo al que no renuncia. La aportación de Ferrarotti, además, es la de desviar del individuo, objeto natural de la perspectiva biográfica, el punto de vista hacia el estudio del grupo primario. En su opinión, la renovación del método biográfico pasa por sustituir la biografía individual por la biografía del grupo primario, que se sustenta sobre la idea de que el grupo primario es la mediación fundamental entre lo social y lo individual.

Aunque, desde el punto de vista de esta investigación, estos sean los autores más reseñables y los que más directamente la han inspirado, para terminar este breve repaso hay que citar entre los sociólogos las obras de Seabrook, Fraser, Blumer o Klockars en Inglaterra. Y las de Hayl, Hughes, Jackson, Lifton, Lynd, Moore, Glaser, Abel y Teruel en Estados Unidos, según la concienzuda monografía de Pujadas Muñoz (2000).

Desde la antropología, Morin (1993) encuentra el origen del uso creciente de las historias de vida en factores sobre todo prácticos: la aceleración del cambio social en las últimas décadas plantea con dramatismo el problema de la desaparición de los testimonios de mundos que se esfuman delante de nuestros ojos sin dejar vestigios. La biografía permite recoger entre los supervivientes datos que la observación directa no permite ya encontrar. Pero más allá de la urgente salvación del patrimonio cultural, estos mismos cambios generan en los individuos crecientes problemas, situaciones de anomia, desequilibrios y convulsiones de los que las teorías al uso sobre el cambio social no pueden dar cuenta. En este sentido, las convulsiones de la postmodernidad, la aceleración del tiempo social y la globalización provocarían entre los individuos y las colectividades una crisis de sentido y una pérdida de identidad. Frente a todo ello, las identidades culturales, étnicas, sexuales, religiosas o lingüísticas son al mismo tiempo una rémora del pasado y una forma de resistencia sobre las que la biografía puede profundizar.

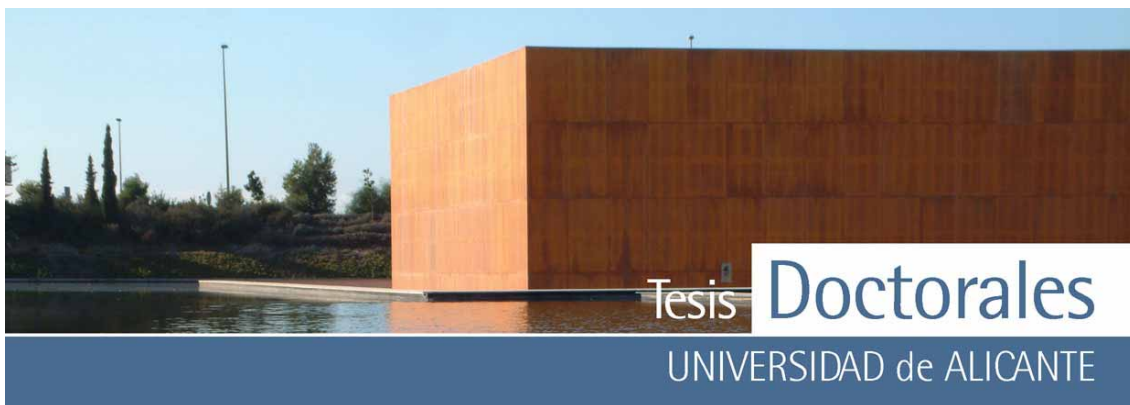
Entre los historiadores y defensores del método destaca la figura de Thompson, cercano a la sociología, historiador del pasado próximo y animador del grupo de Historia Oral, en el que destacan otros historiadores como Humphries o Samuel. Thompson comparte con Ferrarotti la idea de la importancia de los grupos primarios. Para él, la familia cumple un papel esencial en la socialización y en la transmisión de ideología así como en la reproducción de la fuerza de trabajo y en la economía; y, sin embargo, la familia, sobre todo las mujeres y los niños, quedan fuera de la historia: "(...) sólo estudiando



las vidas individuales se pueden documentar la conexiones entre el desarrollo de la personalidad y la economía social, a través de las influencias mediadoras de los padres, grupos de edad, colegio e iglesia, periódicos y medios de comunicación. Sólo cuando el papel de estos intermediarios se establezca con precisión dentro del proceso de aprendizaje de roles sexuales en diferentes clases sociales se podrá lograr una reintegración teórica con una base sólida”. (Thompson, 1993)

Este capítulo no pretende agotar las cuestiones del método, ni siquiera aspira a una exposición ordenada de sus implicaciones epistemológicas o las características técnicas en que se concreta. Huyendo del rigor expositivo que materia tan prolija parece aconsejar, se han seleccionado tan sólo una serie de cuestiones-problema con el fin de centrar en ellas una atención más detallada. Esta selección es intencionada y explícitamente subjetiva, se fija en los problemas que tanto en el inicio como en el desarrollo de esta investigación se han planteado, y recoge las reflexiones, propias y ajenas, que la han urdido. Este recorrido desordenado es pues un paso necesario en el camino de explicitar los presupuestos de la investigación y, como no podía ser menos, también de problematizarlos.

No parece que pueda achacarse al azar el hecho de que la mayoría de los estudios que el enfoque biográfico ha producido se hayan centrado en actores o grupos próximos a la marginación – pobres, delincuentes de guante blanco o manos ensangrentadas, minorías raciales, asilados, etc.-, o bien en sectores de la población que se ven amenazados por procesos de cambio que tienen como consecuencia la pérdida de sus identidades –emigrantes, campesinos, trabajadores irregulares, etc.-. Ferrarotti ha planteado la pregunta en sus justos términos: “¿Por qué se estudia siempre más a los pobres, los marginales, las tribus primitivas, los pueblos subdesarrollados? ¿Por qué no se aplica el mismo microscopio, con la misma meticulosidad prolija, minuciosa, implacable, a la vida de los poderosos, de los ricos y de los muy ricos?” (Ferrarotti, 1993:132). La respuesta de Ferrarotti es implacable: por una parte, los pobres son asequibles, “se les puede sorprender con sus miembros al sol”, mientras que los ricos, “los señores de la guerra, de la economía y de la política”, tienen el privilegio del silencio en una sociedad masa donde la soledad es rara y costosa; por otra parte, y es éste un argumento de mayor peso, el objetivo loable y progresista de devolver la palabra a los pobres es en realidad una fórmula aceptada porque tiende a subjetivizar la miseria, reduciendo las situaciones objetivas al subjetivismo “impresionista, imprevisible y gratuito” de las declaraciones personales (Ferrarotti, 1993:134).

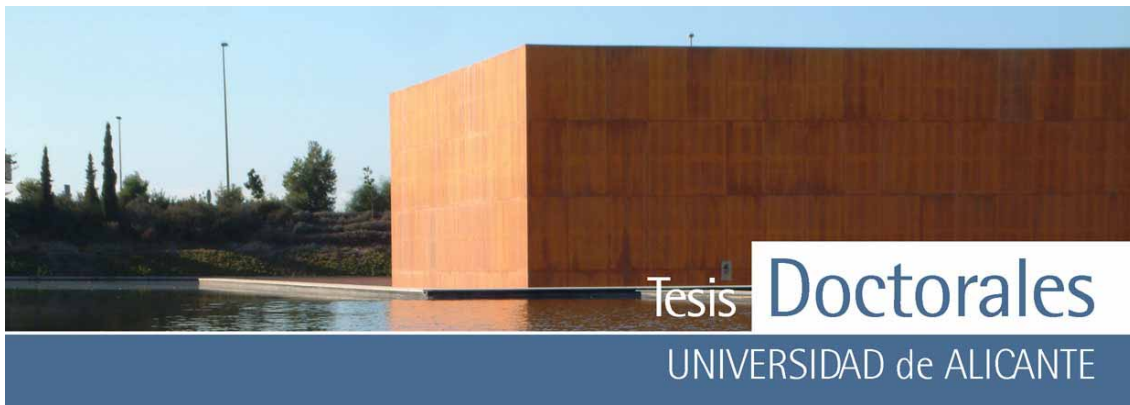


No cuesta nada ponerse al lado de Ferrarotti para tratar de librarse de los peligros que acechan a cualquier bien consciente, sobre todo cuando éste acude arropado por su segura posición social al encuentro de aquellos con los que a menudo no comparte historia, condiciones de existencia ni cultura común. También Bourdieu (1993) pone reparos a la confianza ilimitada de quien, o bien considera inexistente la distancia social, en nombre de un cientifismo que desconoce precisamente el papel del investigador en el juego social; o del que, más cercano a la experiencia de su objeto, busca en él el hallazgo, la confirmación de hipótesis elaboradas desde fuera, y establece en la práctica de la entrevista un juego de representaciones autocomplacientes.

Ahora bien, estas escrupulosas meditaciones sobre la propia labor del investigador, si bien pueden evitar los excesos de una mirada complaciente, no niegan el hecho de que, demasiado a menudo, la opción metodológica se ve acompañada de una toma de postura ética y, algunas veces, también política. La reflexión que frecuentemente salpica las investigaciones biográficas, y más genéricamente las cualitativas, en torno a estas cuestiones puede ser entendida negativamente, como un intento de añadir legitimidad exterior al trabajo de la ciencia encubriendo sus propios intereses. Pero esta preocupación, entendida al menos como síntoma, dice mucho a favor de un enfoque que, aún si no consigue resolverlo, se plantea el problema subyacente a toda investigación: la elucidación de las relaciones entre la ética y el conocimiento.

El acercamiento a las personas o a los grupos, sea para fijar el objetivo en ellos, sea para trascender su humanidad, y especialmente cuando se trata de los más desfavorecidos socialmente, aún si introduce distorsiones, implica un cierto compromiso con ellos, una visión que toma partido, y tomar partido es precisamente lo característicamente humano.

Por otra parte, no es extraño el interés de cierta sociología por fijar su atención en sectores que se ven afectados por procesos de cambio. Plummer justifica esta predilección precisamente por lo peculiar de su situación en el orden social: “en todos los casos el sujeto vive en una encrucijada cultural. Al experimentar expectativas contrapuestas en cuanto a cómo ha de vivir, el sujeto se hace consciente de la naturaleza esencialmente artificial y socialmente elaborada de la vida social, de lo potencialmente frágiles que son las realidades que la gente construye para sí. Con esta conciencia, el sujeto arroja una



luz mucho más amplia sobre el orden cultural, el “mundo en regla”, que la mayoría de la gente da por bueno normalmente”. (Plummer, 1989:135)

Una sociología que no se limite a analizar el orden instituido, que no lo considere inmutable, sino resultado de fuerzas contrarias y cambiantes, tiene que responder de su propia posición en ese haz de fuerzas. Las apelaciones a la objetividad pueden ser interpretadas sencillamente como un encubrimiento de una toma de postura que no se reconoce a sí misma, de una concepción de la ciencia como el depósito de una verdad transhistórica.

Una “reflexividad reflexiva” que interroge permanentemente al investigador y a su investigación es la respuesta que Bourdieu propone para resolver todos los problemas, todas las distancias reconocidas a menudo como insalvables, que separan al investigador –como uno más de los sujetos sociales implicados, soporte él mismo de reacciones sociales-, del investigado –inmerso a su vez en un haz de relaciones- y al instrumento mismo construido para la investigación que trata de objetivar al sujeto.

Ferrarotti, especialmente preocupado por el efecto subjetivador derivado de aislar las situaciones objetivas, las relaciones de fuerza concretas, “para vincularlas a la carne y al alma” de los individuos, encuentra la salida a estas ambivalencias proponiendo una metodología cuya función última estribaría en la reconstrucción de las relaciones dialécticas entre la estructura y las biografías. Sólo así el método puede trascender la mera descripción, desprovista de todo valor de conocimiento y de toda capacidad predictiva.

No es éste el lugar idóneo para resolver, ni siquiera para someter a examen, los argumentos de una polémica tan vieja como la ciencia y que a menudo se imbrica en el debate epistemológico y metodológico que anima la discusión entre cualitativistas y cuantitativistas. Baste llamar la atención simplemente sobre este hecho y avisar de los peligros de toda buena conciencia. En cualquier caso, todas las precauciones que la reflexión metodológica, y también ética, pueden llevar a nuestro trabajo, todo el esfuerzo por pensar y repensar las dificultades de la objetividad, no nos salvarán nunca de seguir planteándonos las mismas preguntas, de no poder nunca acallar el malestar ante una reflexión como ésta:

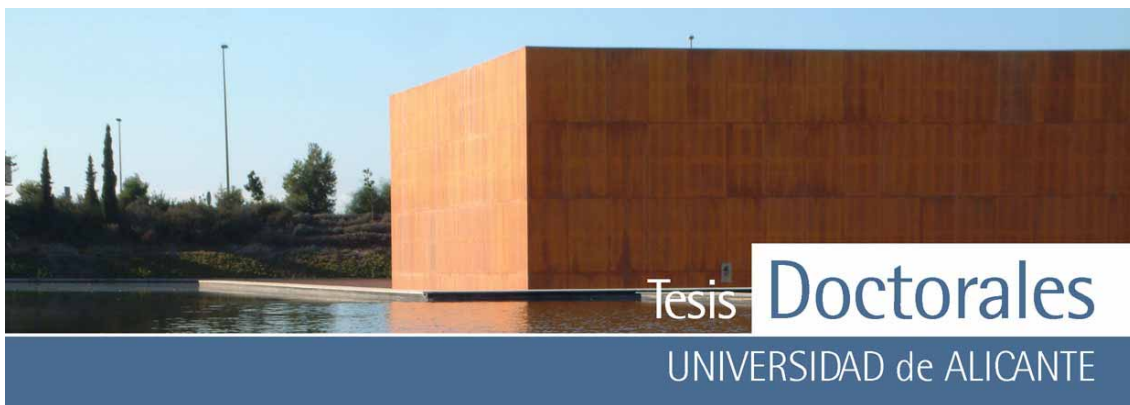


“Me parece curioso, por no decir obsceno y completamente aterrador, que puede ocurrírsele a un grupo de seres humanos unidos por la necesidad y el azar, o el ánimo de lucro (...) fisgar en las vidas de un grupo de seres humanos indefensos y terriblemente vulnerables (...) con objeto de airear ante otro grupo de seres humanos la precariedad, dureza y humillación de estas vidas, en nombre de la ciencia, del “periodismo honrado”, de la humanidad, de la audacia social, por dinero y por una reputación de quijotismo e imparcialidad que, manejada con la suficiente habilidad, es intercambiable en cualquier banco por dinero (...) y que estas personas pudieran ser capaces de meditar acerca de esta posibilidad sin la menor duda sobre su capacitación para realizar un trabajo “honrado”, y con una conciencia más clara y la virtual certeza de una aprobación pública prácticamente unánime” (Agee, en Plummer, 1989:155).

El único consuelo que puede cabernos es, quizá, que Maffesoli (1990) tenga razón y la sociedad, para preservarse, se esconda siempre no sólo de los poderosos sino también de los curiosos investigadores. Si lo social fuera como Maffesoli afirma, inasequible a la mirada exterior, opaco en su vitalidad para el ojo diseccionador del poder o la ciencia, nuestras pretensiones científicas deberían rebajarse, pero nuestra conciencia autorreflexiva encontraría alivio.

Es posible que la sociología no haya sido más que un impotente esfuerzo por comprender y reconciliar el problema de la individualidad y la colectividad, de la adaptación de la actividad y creatividad humanas a la coacción y el control colectivos. Pretendemos comprender las vidas de las personas y los grupos, pero esas vidas están inevitablemente atrapadas en las contradicciones de la coacción y la elección, de la similitud y la diversidad.

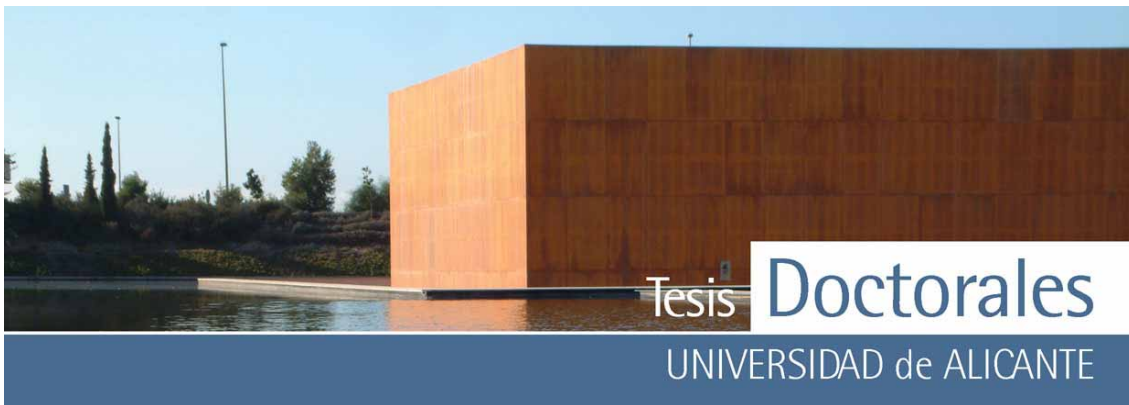
Que la sociedad es algo distinto de los individuos que la integran es el presupuesto que subyace a toda sociología. El objeto de la disciplina lo constituye el haz de relaciones sociales, el entramado que preexiste a los individuos y les trasciende, definiendo así el marco de las relaciones posibles, de las percepciones y de las posibilidades de acción. Finalmente, no podemos olvidar que las relaciones sociales constituyen la verdadera sustancia del conocimiento sociológico, y que éstas conforman una estructura históricamente dada y siempre abierta.



Ahora bien, una tan aparente clara definición esconde más problemas de los que resuelve. En primer lugar porque la noción misma de sociedad no es material, ni viene dada, sino que resulta de un constructo teórico. Si no es posible datar el nacimiento de las relaciones sociales, sí podemos afirmar que esta noción, tal y como hoy la concebimos, nace con los quebrantos y las conquistas de la Modernidad, y nace además con la configuración de la ciencia moderna. Wallerstein ha puesto de relieve las consecuencias de esa particular división de objeto a que procedió la ciencia moderna: “[las divisiones de objeto derivan intelectualmente de la ideología liberal dominante en el siglo XIX, la cual sostenía que estado y mercado, política y economía eran dominios analíticamente delimitados y en gran medida autónomos (...)]. Como parecía que existían múltiples realidades que en apariencia no tenían cabida ni en el dominio del mercado ni en el del estado, tales realidades fueron situadas en una especie de cajón de sastre residual, al que en compensación se le dio el pomposo nombre de sociología. En cierto sentido se consideraba que la sociología explicaba los fenómenos aparentemente “irracionales” que la economía y la ciencia política eran incapaces de dilucidar” (Wallerstein, 1990:402)

Así aislada la noción de sociedad, con tan imprecisos contornos y tan ambiciosa vocación de generalidad, la sociedad se va a convertir en una abstracción. Como acertadamente señala Bertaux, la vocación científica de la sociología, y su obsesión por acceder al estatuto de auténtica ciencia la llevó a querer convertirse en una ciencia exacta. “Para que este proyecto se lograra, era necesario evidentemente vaciar al hombre común de toda capacidad de iniciativa imprevisible y, por tanto, de toda capacidad de conciencia crítica y de voluntad de acción sobre lo socioestructural. Era preciso también vaciar el orden social de toda contradicción profunda, pensarlo como un organismo, un sistema, una estructura” (Bertaux, 1993). La sociedad, así concebida, remite a la permanencia más allá de la vida de los individuos que la integran y, por tanto, a la noción de estructura, como entramado estable, como tejido que anuda la vida de los individuos entre sus redes.

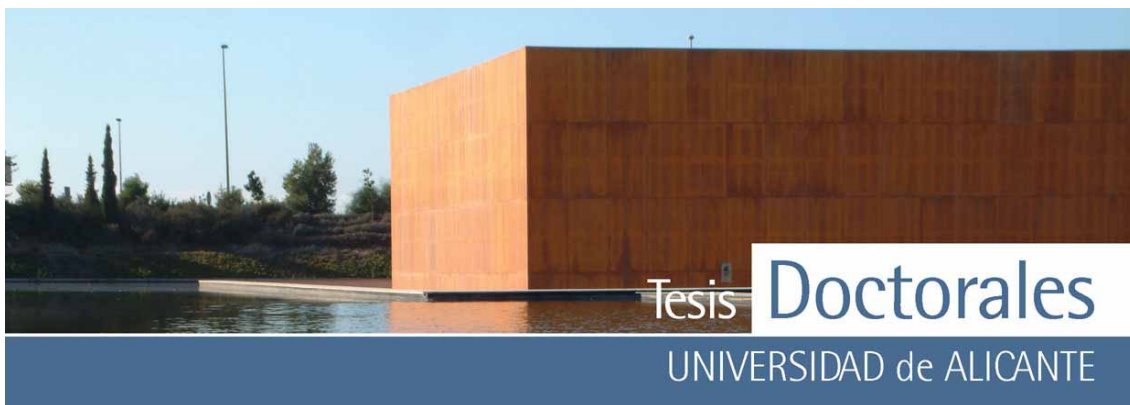
En la división que desde muy temprano estableció la sociología entre estructura y cambio –“ese pecado original de la disciplina”- se reprodujo el mismo proceso: la concepción evolucionista del cambio social, cargada de determinismo finalista, arrojó a los individuos, sus deseos, y sus acciones al cubo de la basura de la historia.



El marxismo, tan cerca y tan lejos de los presupuestos de la ciencia social, corrigió sólo parcialmente estos problemas y se instaló en una ambivalencia que no ha dejado de suscitar debates enconados en el pensamiento marxista. El problema, evidentemente, es la elucidación de la naturaleza de las relaciones entre la estructura y el sujeto en la sociedad y la historia humanas. El marxismo se mantuvo siempre en una ambigüedad entre el economicismo –la determinación de la estructura y por ende de la economía-, y el voluntarismo de la acción mediada por la conciencia. Y este debate, como muy bien demuestra Arrighi (Amin, Arrighi et al. 1990) va a encontrar eco permanente en la estrategia política del movimiento socialista, entre los defensores de la espera de las condiciones objetivas y los que pretendían un revolucionarismo a ultranza, capaz de transformar el presente. La contradicción entre los textos políticos e históricos frente a los económicos de Marx, las nociones de clase en sí y clase para sí, la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, son todas ellas expresiones que remiten a la misma contradicción irresuelta.

La lectura estructuralista que Althusser realizó del marxismo pretendió acabar con esta tensión inherente: los sujetos fueron abolidos, en adelante pasaban a ser considerados efectos ilusorios de las estructuras ideológicas. La escuela de París daba su segundo paso y se adentraba en el postestructuralismo, como curiosamente nota Anderson (1986), a raíz de mayo del 68, el momento en el cual los sujetos parecían instalarse en la escena social. El marxismo de la acción se refugió en las obras de los historiadores como Thompson o Hobsbawn (Kaye, 1989) que han tratado de integrar la acción humana en la formación y el devenir concreto de las clases sociales.

Hay otra dicotomía que recorre la historia de la sociología y que vuelve a ser hoy uno de los centros de atención de la teoría: es la que opone comunidad a sociedad. La idea de interponer una mediación entre la abstracta noción de sociedad y los individuos concretos es muy antigua. La oposición comunidad-sociedad remite a dos tipos de relaciones distintas: las que tienen lugar en el entorno de los individuos, cara a cara y que se fundan por tanto, según expresión de Weber, “en el sentimiento subjetivo de las partes de constituir un todo”; y las relaciones asociativas que ligan a los individuos por intereses racionales, y se apoyan finalmente en el intercambio económico y la división del trabajo. Solidaridad mecánica/Solidaridad orgánica en Durkheim, *Gemeinschaft/Gesellschaft* en Tönnies, Sociedad/Comunidad en Weber son todas expresiones de dualismo. Mingione (1993) hace equivalente la

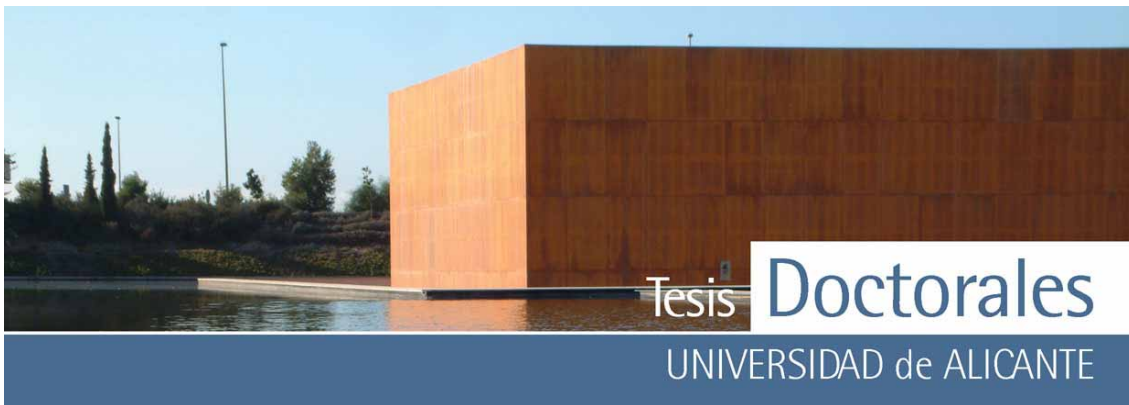


distinción establecida por la antropología entre reciprocidad y redistribución, incorporada después por Polanyi en su análisis del capitalismo, a la ya tradicional oposición de la sociología.

Este dualismo, por otra parte, no sólo trata de identificar dos “tipos ideales” de relaciones sociales, como en el caso de Weber, sino que viene a cumplir la función de explicar el cambio social moderno: éste no habría sido sino el paso desde un modelo a otro. Lo característico de las sociedades industriales, o del capitalismo, sería precisamente la primacía de lo social sobre lo comunitario. Aunque las relaciones comunitarias no quedaban abolidas, la familia, los grupos de relación, el vecindario, todo lo que posteriormente va a ser designado con el término “proxemia”, pierden en el capitalismo su anterior predominio frente a los grandes grupos formados en torno a las relaciones asociativas. Este giro iba a permitir hacer desaparecer de los intereses de la sociología prácticamente las relaciones comunitarias, pues éstas quedaban en adelante subsumidas en las relaciones sociales, políticas y económicas más abstractas. En adelante, tanto sus funciones como los cambios que habrían de sufrir serían explicados desde la perspectiva más genérica del sistema social (Gurruchaga Abad, 1993).

Sin esta mediación, la sociedad y sus individuos racionales, con un tipo de racionalidad ajustada al funcionamiento del sistema, quedaban a merced de la sociología: la teoría se encargaría de dar cuenta de la primera, la investigación empírica, de los segundos. El resultado no podía ser otro que ese largo proceso que recorre la Modernidad y que Barcellona (1992) ha llamado la “desubstanciación de las relaciones sociales”.

El retorno de los viejos problemas de la sociología: la cohesión social, la solidaridad, la sociabilidad –la socialización, en términos de Maffesoli- y con ellos el redescubrimiento de la comunidad, no se produce en el vacío, sino en el contexto de una crisis que parece amenazar de nuevo los fundamentos sobre los que se erigieron las sociedades modernas. Como acertadamente ha señalado Touraine (1996) la globalización desencadena una crisis cuyo efecto más visible, junto a la descomposición del tiempo y el espacio –las grandes categorías que organizaron siempre la experiencia humana-, es la descomposición de la sociedad misma. Esta “desocialización” corre pareja con la aparición del “neocomunitarismo”, entendido como un proceso de “sectarización” de lo social que tiene hoy manifestaciones políticas y culturales muy diversas.

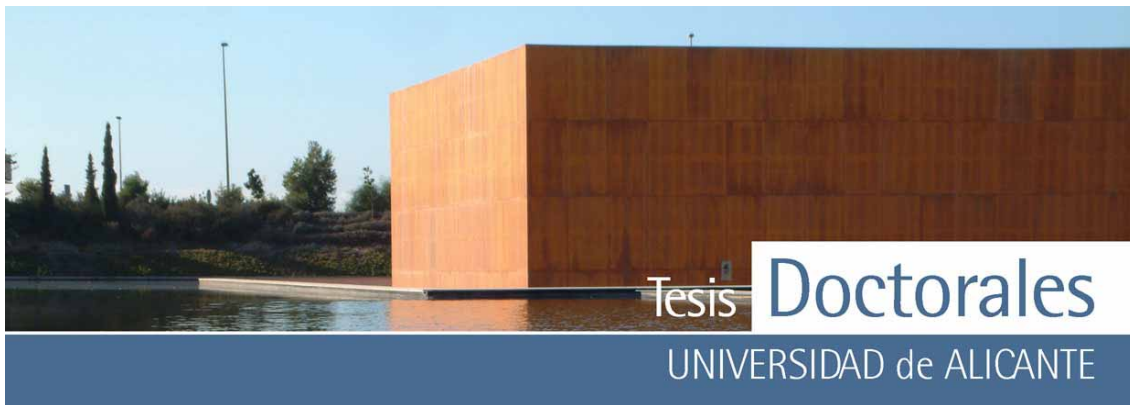


Aunque estos problemas, y su tratamiento mínimamente detallado, rebasan con mucho las posibilidades de este trabajo, es preciso evocarlos, pues no sólo constituyen hoy en día los puntos nodales del debate sociológico, sino que se traducen en orientaciones metodológicas. Sin duda, la controversia estructura-acción y el papel de las relaciones comunitarias, de los grupos primarios, como mediadores entre los individuos y la sociedad son hoy los ejes principales de este debate.

En la defensa del enfoque biográfico se conciertan los intentos por disponer de una metodología más “humana”, capaz, en primer lugar, de dar cuenta de la vida concreta de los individuos, en el convencimiento de que lo social no es meramente un límite autodeterminado e irreflexivo que las fuerzas estructurales oponen a los hombres, sino que está hecho también de la materia de esas vidas, que se cruzan, se imbrican, soportan y transforman las estructuras; y, en segundo lugar, reintegrar a los individuos a los grupos donde se desenvuelve su vida, los que conforman realmente su existencia: la familia, los vecinos, las relaciones informales, etc. En este intento de “humanizar” y “comunitarizar” las relaciones sociales se inscribe el nuevo ímpetu de la metodología.

En autores como Ferrarotti, Bourdieu y Bertaux, a los que este trabajo invoca con tanta frecuencia, la elección está clara: la lente se dirige hacia los individuos y los grupos, pero no para dar cuenta de su vida, no para interpretarlos, sino para arrancar de esas vidas su sustancia sociológica, para entenderlos en el contexto social donde se inscriben esas vidas; y ese mismo contexto como el resultado de muchas interacciones, por otra parte abiertas al cambio, a la transformación por parte de los actores sociales.

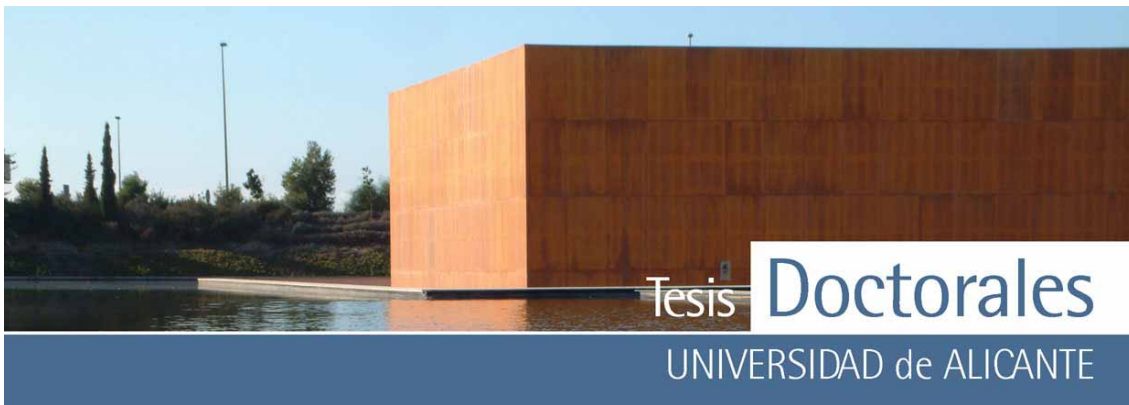
Al fin y al cabo, nada muy lejano de lo que ya decía Engels: “la historia procede de tal manera que el resultado final surge siempre del conflicto de voluntades entre muchos individuos, y cada uno de ellos es lo que es por un cúmulo de condiciones particulares de vida. De esta forma hay innumerables fuerzas cruzadas, y una serie infinita de paralelogramos de fuerza, que dan una resultante: el acontecimiento histórico” (Engels, F., en Thompson, P., 1993:79)



1.1.2. El análisis sociológico del material biográfico: los límites límites de la interpretación

Siguiendo el trayecto de este recorrido, un poco a salto de mata, sobre algunas cuestiones en torno al método, nos adentramos ahora en los vericuetos del análisis. Si la opción ya explícita prima el interés por conocer lo social sobre lo individual, es evidente que el análisis tendrá como finalidad recorrer ese inmenso espacio que media entre uno u unos pocos relatos y la construcción de teorías sociales. El relato por sí mismo, por más fuerza expresiva que tenga, no es un material científico, porque raramente una persona proporciona explicaciones teóricas que den sentido al material. Es el profesional quien realiza la tarea crítica de forjar los conceptos necesarios, hacer las conexiones precisas y unir todas las piezas de la historia para hacer evidente su sentido.

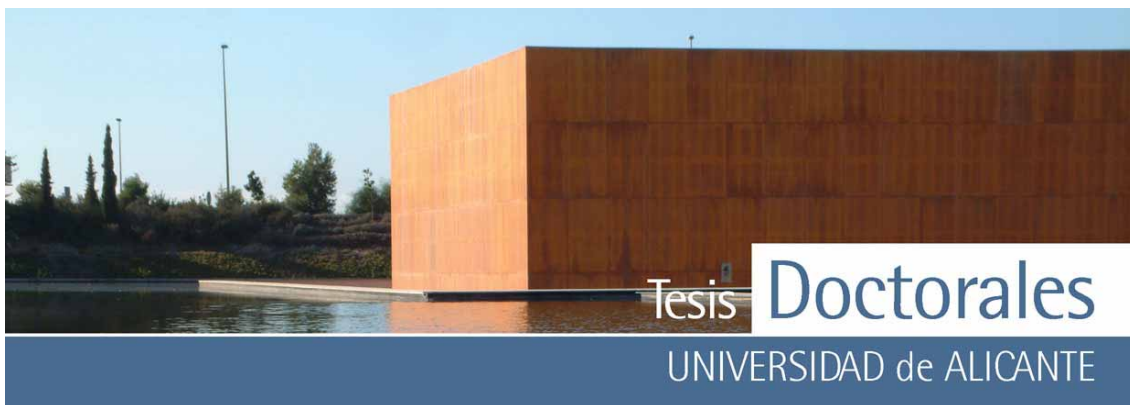
Antes de adentrarnos en las dificultades de esta tarea, es preciso aclarar que bajo la rúbrica de enfoque biográfico se incluyen en realidad técnicas que, aun compartiendo presupuestos comunes, son bien distintas en su aplicación, por tanto la elección de unas u otras dependerá de la adecuación al objeto de investigación. Salvando los problemas terminológicos que, como es usual en nuestra disciplina, suelen enturbiar la comprensión, hay que distinguir cuanto menos entre dos modalidades: la historia de vida (*life history, histoire de vie*) y el relato de vida (*life story, récit de vie*). El primer término corresponde a la metodología del “estudio de caso”, se trata de recoger en su totalidad el relato de vida de una persona, a la que se considera por distintos motivos como “informante clave”. Dada su amplitud, se recoge durante un largo periodo de tiempo por aproximaciones sucesivas. La historia de vida tiende a la exhaustividad, y se suelen además emplear otros documentos o testimonios que corroboren o amplíen la información recogida. Por su parte, el relato de vida, tiene un carácter más próximo a la encuesta, se trata de recoger un cierto número de relatos que tengan carácter de representatividad, a partir de una tipología de los sujetos que integran el universo. Frente a las historias de vida tienen un carácter menos subjetivista, no se centran tanto en la persecución de la lógica interna de una vida. La acumulación de relatos permite categorizar la información y establecer comparaciones. Estos relatos suelen recogerse mediante entrevista, que recibe entonces el nombre de entrevista biográfica, y que, como el resto de las entrevistas, admite diversos grados de formalización. Finalmente, los contenidos pueden referirse a la totalidad de la biografía o restringirse a ciertos contenidos temáticos.



Hay que distinguir dos tipos de encuesta biográfica: aquella que tiene por objeto el conocimiento de las estructuras y los procesos de carácter objetivo, y aquella que pretende indagar en el ámbito de lo sociosimbólico, en los procesos intermedios de percepción y elaboración de los sujetos, en cómo se originan los discursos sociales. En el primero se destacan los problemas de la acción y las relaciones sociales; en los segundos, por el contrario, el análisis se centra sobre todo en la estructuración y la configuración simbólica de la propia vida (Ruiz Olabuénaga, 1996). Tendencialmente, el primer tipo de encuesta recogerá relatos de vida en un mayor número y de carácter más breve, mientras que la segunda optará por la historia de vida única o un número de relatos más limitado y de mayor extensión. De la misma manera, los primeros usan la entrevista de manera más directiva, puesto que tratan de obtener informaciones concretas y las mismas para todos los casos, con el objetivo de establecer hechos y buscar regularidades, destinados a conocer procesos macrosociales identificados *a priori*; mientras que la segunda tiende más bien a la escucha atenta y una entrevista menos directiva, dado su mayor interés por el mensaje singular.

Ahora bien, las historias o los relatos de vida no hablan por sí mismos. Es función del análisis liberar la significación sociológica presente en todo el material biográfico, que nos permita establecer las conexiones entre el cuadro teórico y los materiales empíricos, es decir, verificar las teorías. Si simplemente aceptamos los relatos de vida como hechos, si les otorgamos facticidad sin problematizarlos, estamos recayendo en el positivismo: reinstaurando la palabra a los hechos que supuestamente hablan por sí mismos. Es preciso pues interpretarlos, pero interpretar qué y cómo, estas son las preguntas relevantes.

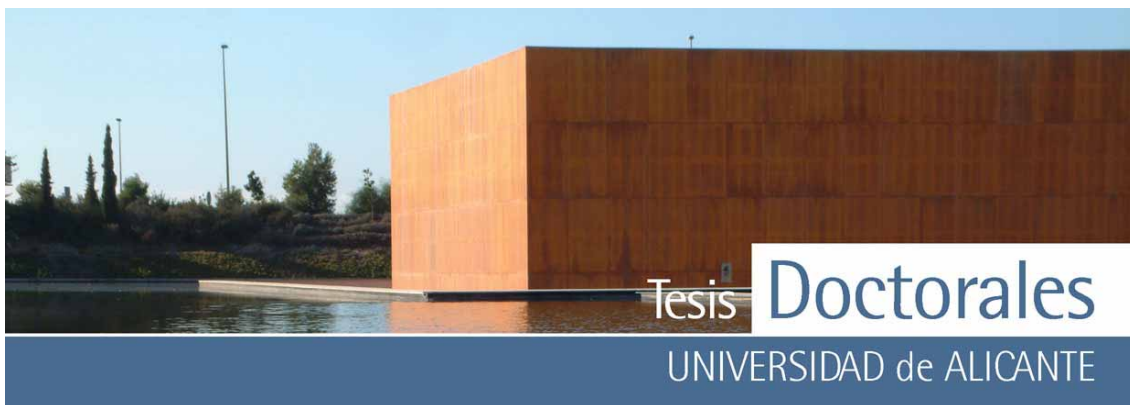
Una historia o un relato de vida no son la vida. Según una bella definición de Bruner (Denzin, 1984:30): “una vida es lo que normalmente pasa. Una vida experimentada consiste en imágenes, sentimientos, deseos, pensamientos y significados conocidos para la persona. (...) Una vida contada, un relato de vida, es una narración influida por las convenciones culturales en las que se cuenta, por la audiencia y por el contexto social”. La primera conclusión es que no tenemos acceso a la vida de una persona ni de un grupo social, el material sobre el que trabajamos es sólo una narración, que ésta sea oral o escrita no modifica su sentido. Es una narración que recopila experiencias, pero no las experiencias mismas, sino la experiencia tal y como ha sido elaborada por los propios sujetos a través de un complejo



proceso de interacciones con el medio, de elementos culturales y personales. Esa experiencia, además, tiene que ser narrada, es decir ordenada y construida, tiene que tomar una forma para constituir un relato. El relato puede ser más o menos espontáneo, dependiendo del propio sujeto y de la técnica que se utilice para recogerla –oral o escrito, en una o en varias sesiones, etc.-, pero conlleva siempre, inevitablemente un grado de formalización.

Por otra parte, si toda la experiencia es elaborada, lo es en mayor medida cuanto más tiempo medie entre la propia experiencia y su narración. Así, como coinciden todos los autores, el relato de vida es sólo una mirada retrospectiva, que interpreta desde el presente el pasado, que ilumina ciertos hechos y olvida otros, y establece relaciones entre ellos *a posteriori*. El relato o la historia de vida no son sino narraciones que reproducen un proceso histórico recorrido en sentido inverso. Eliot, que debería figurar sin duda entre la nómina de los sociólogos, lo dijo con claridad: sólo lo eternamente presente es irredimible.

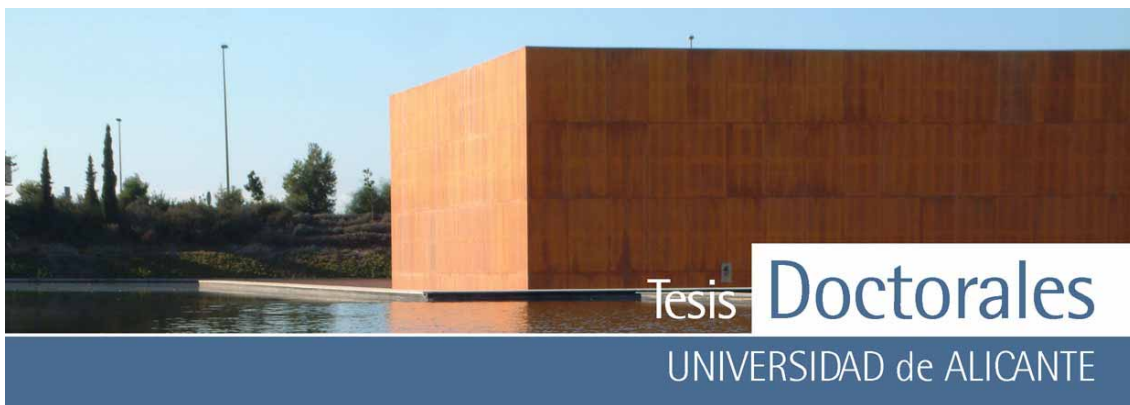
No se acaban aquí las dificultades, porque el relato no se recoge simplemente, el relato es arrancado al sujeto en condiciones particulares, las que impone el diseño de la investigación. Podemos tratar de controlar dichas condiciones en lugar de ignorarlas, como hace la encuesta cuantitativa, o suavizar sus perfiles, pero entrar en la vida de una persona, aunque haya prestado su colaboración voluntaria, implica siempre una violencia sobre el que habla. Sin detenernos mucho en este terreno, baste referirnos a las reflexiones de Bourdieu (1993) en torno a la distancia objetiva entre el que habla y el que pregunta: uno, el informante, va a liberar el relato de su experiencia a otro que lo va a interpretar, y que normalmente es más sabio, más culto y ocupa estructuralmente una posición de superioridad, a menudo también socialmente. Esta situación puede provocar dos tipos de respuesta: o bien la inhibición, cuando teme ser reprochado, lo que Bourdieu denomina una forma de “resistencia a la objetivación”; bien el intento de seducir al investigador haciéndole oír precisamente lo que él sabe o imagina que el otro quiere oír, en un juego de sobreentendidos mutuos y casi nunca conscientes. Esa compleja dinámica entre el yo y el otro se establece necesariamente en toda situación de entrevista, y aunque sus efectos pueden mitigarse, no deben desconocerse.



Este es el material sobre el que va a trabajar el análisis, pero el análisis, en tanto que operación que da sentido, va a introducir nuevas distorsiones sobre el relato mismo. La primera deriva de la transcripción misma: ¿qué hacer con los “ya”, “bueno”, “pues eso”? ¿Cómo puntuar un texto que fluye al ritmo de la reflexión? ¿Cómo transcribir los silencios, los quiebros de la voz, la aceleración de las palabras o su decaimiento? Transcribir un relato obtenido mediante entrevista es una operación de traducción, como sabe cualquiera que haya realizado el esfuerzo.

Pero la distorsión se produce sobre todo en el acto del análisis. Este debe forzosamente romper el relato, imponerle sus propias categorías que reposan, por supuesto, sobre la selección previa de las hipótesis. Con estas herramientas se dispone a vaciar, identificar, relacionar e interpretar las partes así aisladas. Nada que objetar mientras las pretensiones metodológicas se mantengan en el necesario nivel de humildad; mucho que objetar si el enfoque pretende mucho más que una medición, por multidimensional que esta sea, de los relatos según una serie de categorías. Interpretar los relatos, reconstruir la vida tal y como esta es vivida, vuelve a ser una tarea, desde mi punto de vista, imposible. No podemos acceder al significado de la vida, ni menos aún dotarla desde fuera de un sentido. El análisis puede, simplemente, aportar a una vida un poco de sentido sociológico, restituir a lo social aquellos elementos sociales que toda vida contiene. Pero esta forma de entender el análisis como interpretación ni dota de sentido ni agota al sentido de una vida.

Dadas estas limitaciones, es difícil participar del entusiasmo que muchos muestran por las posibilidades heurísticas del método. Es cierto, sin embargo, que estos problemas se plantean con distinta gravedad dependiendo de los objetivos de la investigación. Así, aquellas que priman las informaciones objetivas, que pretenden aislar los elementos socio-estructurales, como por ejemplo ésta misma, tienen menos dificultades que las que dirigen al campo de lo sociosimbólico o lo cultural. Un relato entrega un conjunto de hechos, de informaciones, anudadas siempre a interpretaciones, es cierto, conectadas significativamente, pero los hechos son ciertos, el informante sabe más que el sociólogo sobre su propia vida y por eso puede informar sobre ellas. El problema es siempre el sentido, el hilo que anuda los hechos.



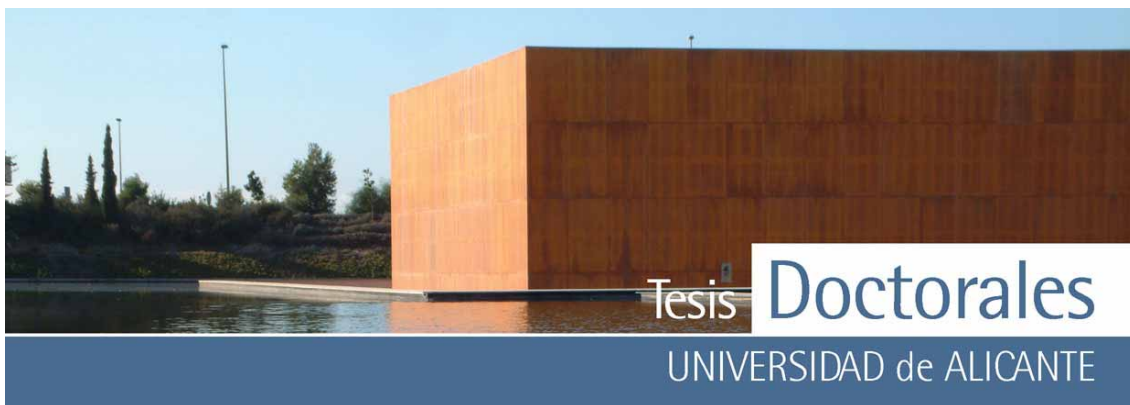
Si esta tesis se acoge a la vaga fórmula del “enfoque biográfico”, es sólo porque bajo este título se reúnen en realidad una multitud de enfoques y perspectivas que bien poco comparten entre ellas, como no sea el gusto por recoger y analizar relatos individualizados. Más allá de esta coincidencia, pocos son los puntos de contacto.

Bourdieu (1989), en una dura invectiva contra las historias de vida, descalifica el uso de esta metodología en sociología y denuncia lo que para él no es más que la “ilusión biográfica”. Es cierto que su acerada crítica no distingue siquiera entre historias y relatos de vida, ni entre las distintas modalidades de análisis, y se limita a identificar el enfoque biográfico con las historias de vida.

Por su agudeza y su pertinencia, merece la pena detenerse brevemente en sus reflexiones: “producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir, como el relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, es quizás sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado ni cesa de reforzar” (1989:28)

En opinión de Bourdieu, la construcción de historias de vida se sustenta en una serie de presupuestos subyacentes, no siempre explícitos, que forman parte de las tradiciones intelectuales imperantes desde la Modernidad. Por una parte, una concepción de la vida, como de la historia, entendida como un conjunto coherente y orientado, la “expresión unitaria de una intención subjetiva y objetiva, de un proyecto”. Esta vida se desarrolla según un orden cronológico que es, a su vez, un orden lógico, que discurre desde su principio hasta su fin; y, en esta trayectoria, encuentra sus encrucijadas, sus trampas y sus emboscadas. Curiosamente, las historias de vida parecen afianzarse en las ciencias sociales al mismo tiempo que la filosofía de la historia es progresivamente puesta en entredicho por los historiadores, y que la literatura del último medio siglo ha puesto en jaque el relato lineal tradicional.

El segundo presupuesto tácito de las historias de vida es, en opinión de Bourdieu, la creencia en un sujeto de identidad única, constante y duradera, un yo invariante que recorre los tiempos y los espacios sociales sucesivos, prestando unidad y sentido a esa trayectoria. Ese sujeto se convierte así en el objeto de la investigación, entendida ésta como una indagación que trata de restituir, desde el sujeto



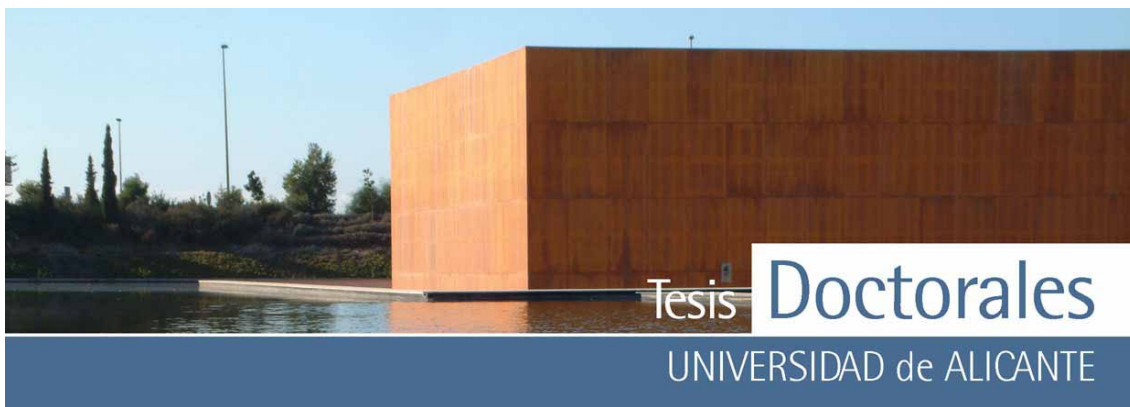
mismo, el sentido retrospectivo de una vida. Esta filosofía de la identidad está ineluctablemente asociada a la práctica de la biografía y la autobiografía en la Modernidad.

Sin embargo, a mi entender, estas consideraciones, por más que se ensañen con las historias de vida, no invalidan el recurso de su uso como instrumentos de conocimiento. Curiosamente, Robbe-Grillet, pionero del *nouveau roman* al que Bourdieu invoca como uno de los dinamiteros del relato tradicional, acabó escribiendo una autobiografía (Robbe-Grillet, 1984). Puede que no sea la suya una biografía convencional, pero va precedida de una declaración de principios: “Nunca he hablado de otra cosa que de mí. Como lo hacía desde dentro, nunca se ha entendido del todo. Afortunadamente”. “Mí”, “dentro” y “hablar de”, como reconoce el propio autor, son tres palabras sospechosas y vergonzosas que la tradición francesa ha contribuido a desacreditar.

El mismo Bourdieu, en *La misère du monde*, emprende un tipo de investigación que, aun si no se acoge explícitamente al enfoque biográfico, está muy cerca de algunos trabajos que se autodenominan biográficos. Su renuncia a interpretar el material recogido, parece entrar en contradicción con la necesidad de la interpretación que él reclama para la sociología.

Es seguramente en el análisis que Bourdieu hace de la novela de Flaubert, *La educación sentimental*, (Bourdieu, 1995), donde desarrolla, tácitamente, ideas que pueden ser interpretadas como legitimadoras del enfoque biográfico. Con el fin de demostrar la viabilidad del análisis sociológico de la obra literaria, Bourdieu elige como objeto una de las obras más conocidas del *Bildungsroman* y la somete a una escrutadora mirada sociológica. La obra literaria, reconoce Bourdieu, goza de una cierta autonomía, no es sociología: “No hay mejor prueba de todo lo que separa la escritura literaria de la escritura científica que esta capacidad, que le pertenece por derecho propio, de concentrar y condensar en la singularidad concreta de una figura sensible y de una aventura individual, que funciona a la vez como metáfora y como metonimia, toda la complejidad de una estructura y de una historia que el análisis científico tiene que desarrollar y extender muy laboriosamente” (1005:51).

Aunque la literatura no sea más que un artificio, en ella explícito pues no tiene vocación de verdad, produce una impresión de realidad, un efecto de revelación que es sin duda lo propio de la



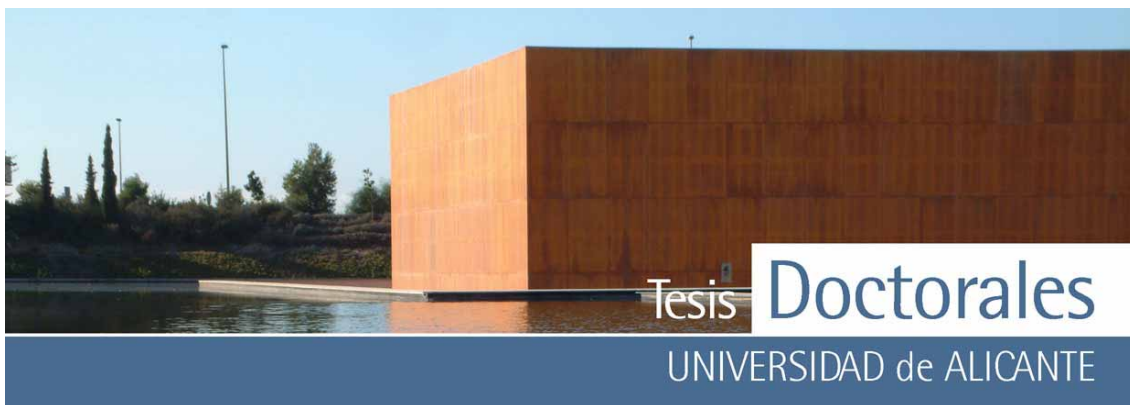
alquimia literaria. Pero, además, la literatura como el arte, bajo una traducción sensible, revela “(...) la estructura del mundo social en el que ha sido elaborada e incluso las estructuras mentales que, moldeadas por estas estructuras sociales, constituyen el principio generador de la obra en la que estas estructuras se revelan” (1995:63). El análisis tiene por objeto entonces restituir esta estructura, necesariamente oculta, que el texto “desvela velando”, reduciendo el relato a una especie de “protocolo de un montaje experimental”, para aislar su trama profunda, que no es otra cosa que la estructura del espacio social donde la obra y el autor se insertan.

Ciertamente, la literatura no es la vida y, en este caso, no cabría extrapolar estas reflexiones anteriores a las biografías. Sin embargo, el material biográfico participa de muchas de las características de la novela. Al fin y al cabo, como ya se ha dicho, sobre lo que trabaja el analista es sobre “historias” o “relatos”, es decir, sobre artificios elaborados, consciente e inconscientemente por individuos bajo presión, además, de la propia situación de la investigación. Si Bourdieu apuesta por la legibilidad del campo social en la obra literaria, no puede negar la misma potencialidad a la historia o al relato de vida.

Otro problema es si ese esfuerzo interpretativo, si esa objetivación de la ilusión –novelesca o real- es, como Bourdieu pretende, una pugna necesaria de la ciencia para restituir “la verdad”, o si es, simplemente, otra forma de ilusión: el empeño por imponer a una realidad arbitraria una interpretación, una estructura, por establecer una falsa pero congruente cadena asociativa entre hechos casuales, es decir, finalmente, literatura.

Cuando Bourdieu hace suyas las palabras de *Macbeth* –“La vida es un cuento narrado por un idiota, con gran aparato, y que nada significa”- no sabemos si se hace eco de este dilema o si, simplemente, ha sucumbido a la sugerente belleza de la formulación literaria.

Es casi un lugar común afirmar que la bondad de los métodos depende sobre todo de su adecuación al estudio de distintos objetos de conocimiento. Se puede objetar que, en último extremo, los objetos nunca vienen dados, sino que son construidos a partir de teorías particulares y, por tanto, la adecuación se produce entre una concepción de lo real y la definición congruente de la vía de acceso a esa parcela de la realidad. Sin descender a más honduras, en la práctica, los mismos investigadores

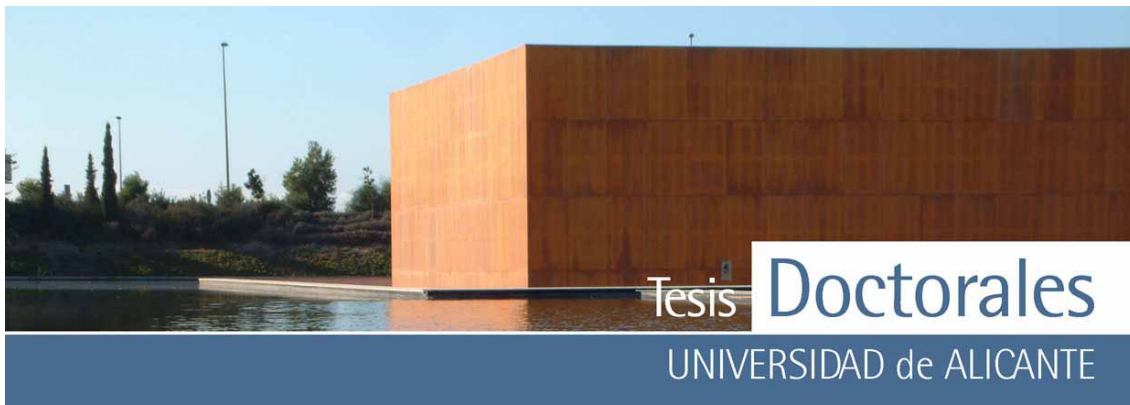


pueden optar en sus investigaciones por el uso de técnicas distintas aunque, según los más intolerantes, se apoyen en presupuestos irreconciliables. Incluso en una sola investigación es posible utilizar aproximaciones cualitativas o cuantitativas para dar cuenta del mismo objeto. Este utilitarismo, si se quiere un poco rampón, es el de los institutos de opinión cuando practican la encuesta por muestreo, por ejemplo, para las tan tópicas previsiones electorales, y el grupo de discusión para los estudios de mercado, la publicidad, etc.

Para nuestros intereses, basta retener que el enfoque biográfico se adapta especialmente al estudio de dos cuestiones: lo que aquí hemos llamado las “zonas de sombra” de la realidad y los procesos de cambio social.

Con frecuencia la literatura especializada insiste en que el enfoque biográfico, precisamente porque es intrínsecamente temporal, permite con mayor refinamiento que otras técnicas comprender el cambio social, y no sólo de un modo abstracto, sino en el devenir mismo de la vida de las personas. El modo en que una vida se ve sacudida por los avatares externos prueba la existencia de los cambios, pero además permite comprender con visión microscópica los efectos concretos de esos cambios sobre el acontecer de una vida. La biografía es histórica por definición y, aun si consideramos que nuestro material no es la historia sino tan sólo su reconstrucción desde el presente, lo cierto es que se adapta mejor que otras técnicas al estudio de los fenómenos en proceso de transformación. Como dice Howard Becker: “La historia personal, más que cualquier otra técnica con excepción quizás de la observación participante, puede dotar de significado a la tan manida noción de proceso. A los sociólogos les gusta hablar de procesos en marcha y cosas por el estilo, pero normalmente sus métodos les impiden ver esos procesos de los que tan elocuentemente hablan” (en Plummer, 1989:78).

Los datos cuantitativos, tomados a lo largo del tiempo, nos permiten construir series y, con ellas, realizar una lectura diacrónica de los fenómenos sociales. Por poner un ejemplo, que forma parte de los intereses de esta investigación, podemos estudiar la evolución de las tasas migratorias a lo largo de un período, sabremos que crecieron para estabilizarse, descendieron después para volver a crecer, etc. Pero, ¿qué influencia tuvo la migración sobre la vida de las personas inmigradas? ¿Qué estrategias utilizaron para emigrar, cómo fue su adaptación al entorno en las sociedades de acogida, qué hicieron

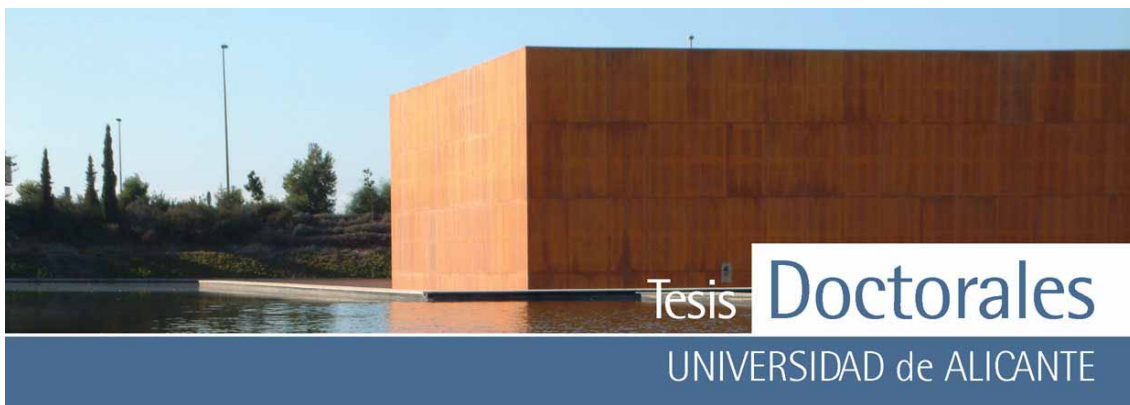


para burlar supuestas condiciones adversas? Si consideramos que la acción de los agentes implicados transforma la realidad socio-económica, no podemos entender las migraciones sin dar cuenta de las estrategias de los inmigrantes-emigrantes, del entorno humano de los lugares de procedencia y llegada y del Estado. Inmigrante no es sólo una categoría, de difícil objetivación si atendemos a las disputas de los especialistas en torno a su medida, que tiene distintos significados y consecuencias para los agentes sociales y que es objeto de distintas estrategias. No podemos dar cuenta de las biografías sin atender la evolución de los saldos migratorios, pero casi nada sabremos de la inmigración sin conocer cómo es llevada, sentida, asimilada por los individuos y los grupos.

La observación de los cambios en su devenir, con la visión microscópica que permite la biografía, facilita una lectura menos fáctica del cambio social, capaz de dar cuenta no tanto de los resultados finales, como de las encrucijadas en que se dirimen distintas opciones, contingencias y alternativas abiertas, allí donde se resuelve la pugna entre lo posible y lo probable. No es extraño que la biografía tienda a fijarse en los que quedaron arrumbados en la cuneta de la historia.

En segundo lugar, el enfoque biográfico facilita el acceso a las zonas de sombra de la realidad social. Es, ante todo, un problema práctico: cómo investigar aquello que es ilegal, oscuro, minoritario, reprobable, aquello sobre lo que el pensamiento dominante tiende un velo de oscuridad, todo lo que es silenciado, temido, todo lo que no existe. Es difícil que una prostituta cuente cuantas veces ha sido violada, que un inmigrante reconozca su situación de ilegalidad jurídica en el país de acogida, que una católica admita haber abortado, que un empresario confiese no abonar los pagos de la seguridad social, que un cónyuge reconozca la infidelidad, y para todos nosotros por normalizada que sea nuestra vida, resulta imposible hablar de nuestras fantasías sexuales, de los sentimientos racistas y xenófobos, de todo lo reprimido. Y, sin embargo, queremos callar y necesitamos hablar, confesar, ser absueltos por el otro y sentir piedad por nosotros mismos.

La entrevista biográfica puede tener algo de confesión, como pretende Bourdieu, siempre que se den las condiciones para ello, siempre que el que escucha no sea un anónimo entrevistador que llama a nuestra puerta para importunarnos con sus preguntas extemporáneas, con sus respuestas administradas a preguntas que sólo el investigador se ha planteado. Esa confesión requiere, cuanto menos, la escucha



dilatada y atenta de alguien que sea ajeno, pero en quien podamos confiar, de alguien que nos fuerce a evocar y a reflexionar, a quien poder hacer participe, cuanto menos, de nuestra confusión. Podemos admitir en ese sentido la idea un poco chocante de Bourdieu (1993) cuando se refiere a la entrevista como especie de “ejercicio espiritual”.

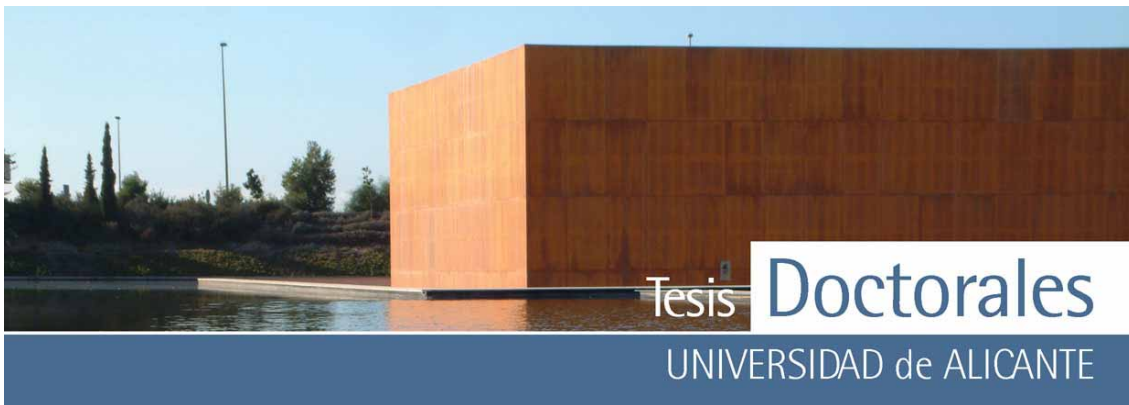
La legalidad o ilegalidad de las conductas no es el único elemento que permite delimitar lo que es accesible a la investigación. Cada sociedad, cada grupo social, establece normas sobre lo que se puede y no se puede decir, lo que existe y lo que no existe socialmente. El relato de vida, como la entrevista en profundidad o el grupo de discusión, si no consiguen iluminar siempre estas zonas de sombra, cuanto menos amplían enormemente las posibilidades de conocerlas.

El enfoque biográfico, al igual que el resto de las técnicas agrupadas bajo el término de cualitativas, ha sufrido frecuentemente los ataques del positivismo, que, arrogándose el monopolio de la objetividad y la neutralidad, ha achacado al cualitativismo su dependencia ideológica, su ambigüedad y falta de precisión, y la simplicidad formal y estructural de sus modelos relacionales, carentes de toda sofisticación matemática.

Los defensores del método se han aprestado entonces a cubrir esas lagunas, a defender la legitimidad científica de su enfoque, aun reconociendo la particularidad de la perspectiva cualitativa, que no puede nunca, ni debe, aceptar la totalidad de los prerequisites ni los criterios de “cientificidad”, tal y como vienen impuestos por el positivismo.

La fiabilidad y la validez son requisitos ineludibles en la producción del conocimiento científico. La fiabilidad tiene que ver con la técnica y la coherencia, con la garantía de que si el estudio fuese realizado por otra persona, se obtendrían resultados similares. La validez se refiere a la garantía de que la técnica está realmente estudiando lo que se supone que estudia, y que los resultados de una investigación son hechos incuestionables, proporciona pues la certidumbre.

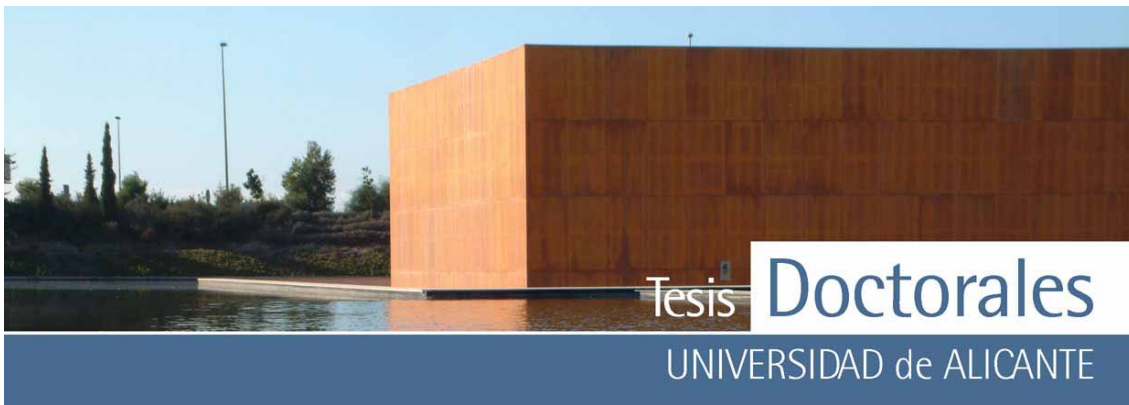
Si para las técnicas cuantitativas no resulta fácil asegurar estos criterios, de hecho algunos autores como Ibáñez niegan la garantía de validez con independencia del modo en que se hayan



conseguido los datos (Ibáñez, 1985), los problemas se plantean mucho más agudamente para las cualitativas. La fiabilidad es puesta en entredicho por la imposibilidad de normalizar los instrumentos de recogida de la información, pues dicha normalización es contraria a las pretensiones del método y al tipo de información que pretende capturar. Por otra parte, la validez no podría verificarse dado el subjetivismo que preside todo el proceso de la investigación, desde la elección de los informantes, hasta el análisis interpretativo.

Los defensores del método, sin embargo, aunque no tan radicales como Ibáñez, tienden a llamar la atención sobre la contradicción inherente a este planteamiento. Así, Plummer (1989:116-117) considera que probablemente “la validez disminuya a medida que aumenta la facilidad con que se verifica la fiabilidad”, y ello porque la formalización del cuestionario puede permitir asegurar su “reproductibilidad” como garantía de fiabilidad, pero disminuye la validez al aumentar la distancia respecto al objeto. La metodología cualitativa, si bien no puede presumir de fiabilidad, aseguraría su validez y la coherencia precisamente por su mayor capacidad para conocer el objeto.

Frente a estas dificultades, se pueden plantear cuanto menos tres respuestas. La primera consiste en atribuir a las técnicas cualitativas la tarea de descubrir aspectos y problemas cuya comprobación científica queda reservada a las cuantitativas, lo que convertiría a aquellas en meros instrumentos exploratorios, sólo adecuados para la fase de formulación de hipótesis. La segunda, como por ejemplo plantea Ruiz Olabuénaga, circunscribe su uso para conocer sólo ciertos hechos que, por su mayor proximidad o concreción, sean susceptibles de una interpretación particular, siempre que no se pretenda proyectar los resultados de datos a realidades más amplias: “el trabajo cualitativo consiste en inscribir (descripción densa) y especificar (diagnóstico de la situación), es decir, establecer el significado que determinados actos sociales tienen para sus actores, y enunciar lo que este hallazgo muestra de su sociedad y, en general, de toda sociedad”. (1996:80) Cabe una tercera posición, bien representada entre otros por Bertaux, que despreciando prácticamente los problemas de la fiabilidad, se interesa exclusivamente por la validez. En este caso, la “saturación” del conocimiento, concepto que se explica más adelante, aseguraría la validez de los estudios cualitativos, más concretamente de los que recogen relatos de vida.

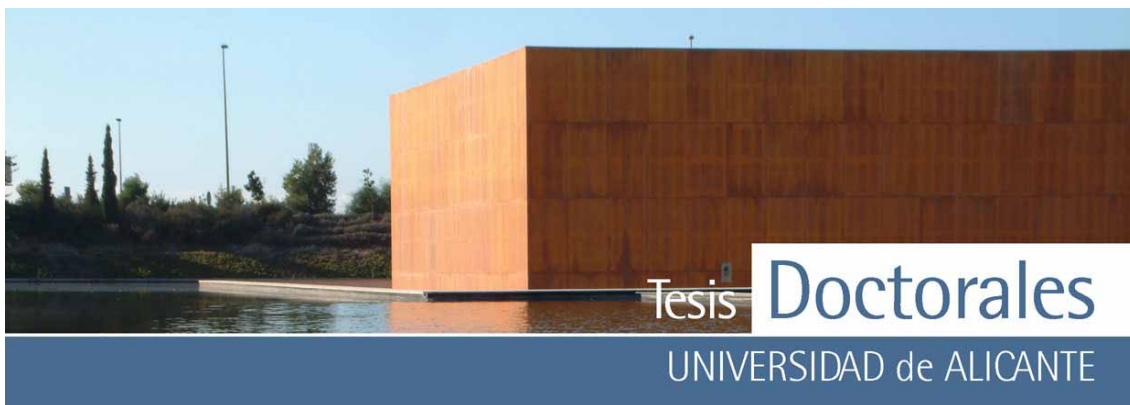


Finalmente, ante la complejidad de las cuestiones planteadas y todavía no resueltas, es posible también optar por orillar el debate, como plantea con sensatez Atkinson: “carecemos de fundamentos epistemológicos y teóricos perfectos, carecemos de métodos perfectos para la recogida de datos, carecemos de modos transparentes o perfectos de representación, trabajamos con el conocimiento de nuestros recursos limitados. Pero no por ello tenemos que abandonar el intento de producir relatos del mundo disciplinados, coherentes, metódicos y sensibles”. (En Ruiz Olabuénaga, 1996:85)

No es discutible la utilidad de las técnicas cualitativas como técnicas meramente exploratorias, de hecho, por el caudal y la multidimensionalidad de información que producen, y la mayor profundidad que permiten, parecen un instrumento más idóneo que las cuantitativas para una primera aproximación a la realidad, que permita la formulación de hipótesis para la investigación. Es más discutible su uso para administrar la prueba, para la verificación o falsación de hipótesis, dados los riesgos del subjetivismo que pueden implicar, la dificultad para aplicarlas a un número suficiente de casos y las particularidades del análisis que requieren.

Los defensores del enfoque biográfico, sin embargo, no sólo sostienen la necesidad de las hipótesis para la articulación entre la teoría y el trabajo empírico, sino que afirman su capacidad como instrumentos de contrastación, cuanto menos en el ámbito de conocimiento donde son relevantes. Desde el punto de vista de sus mentores, además, este enfoque tiene una ventaja: por su carácter abierto, permite un proceso continuo de verificación y reformulación de hipótesis y de teorías en el proceso mismo de su realización, que lo convierten así en un proceso más rico, donde el investigador puede intervenir formulando reinterpretaciones e introduciendo innovaciones en la investigación. Lo que se ha llamado la “formulación dinámica de hipótesis” se apoya, en las versiones más optimistas, en que estas técnicas permiten el hallazgo, el descubrimiento sobre el terreno, lo que queda vedado para las cuantitativas, instrumentos exclusivamente orientados a la verificación de hipótesis previamente formuladas.

Respecto a la posibilidad de generalización, objetivo final del conocimiento científico, por más límites que se establezcan a los ámbitos en que dicha generalización es posible, se sustenta sobre la representatividad de la muestra o de los casos seleccionados para el estudio. Para la metodología cuantitativa este requisito no es problemático puesto que se apoya en las leyes de la probabilidad y la

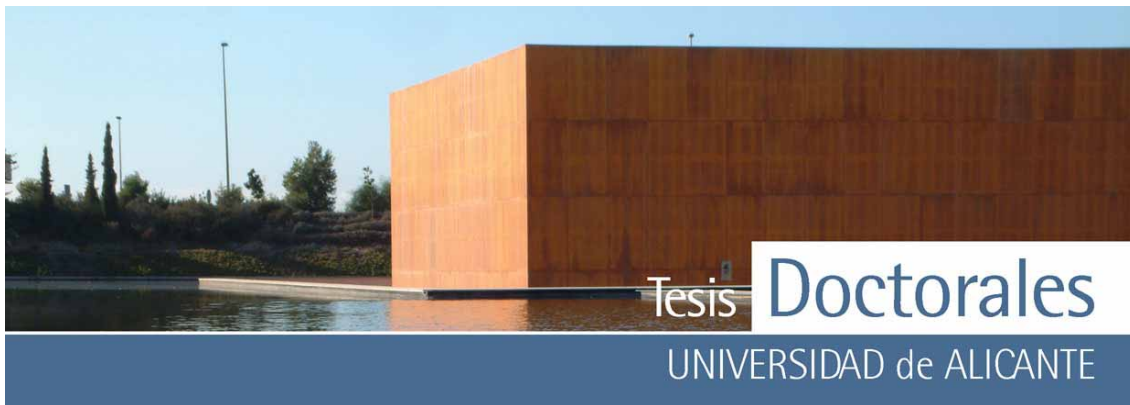


inferencia matemática. Para las técnicas cualitativas, sin embargo, la justificación es más compleja, dado que su opción clara a favor del tratamiento en profundidad, les impide el estudio de un elevado número de casos.

Cuando se trata de un “estudio de caso”, como la elaboración de una “historia de vida”, la discusión no es siquiera pertinente: el caso no aspira a representar en sentido estricto, sino en todo caso a ejemplificar determinados aspectos o realidades sociales y, por tanto, aunque sólo en cierto sentido, se agota en sí mismo. Las enormes posibilidades que ofrece al estudio detallado y en profundidad, justifican por sí solas sus escasas potencialidades para permitir la generalización. La elección del caso se apoya exclusivamente en su interés intrínseco: en la riqueza de la experiencia narrada o en su valor testimonial.

En investigaciones centradas en el estudio de un número más amplio de casos, como suelen ser aquellas que hemos denominado de tipo estructural siguiendo la distinción de Bertaux, los problemas que se plantean están más cercanos a los de las técnicas cuantitativas, dada su afirmada vocación de servir para conocer sectores, grupos o áreas de la realidad social. La selección de la muestra, tanto el tamaño como la elección de las unidades, se convierte en un problema crucial. La solución aportada por el propio Bertaux, a partir de su trabajo sobre los panaderos franceses, intenta resolver estos problemas: no es posible hacer una afijación previa del tamaño de la muestra, simplemente se entrevista a un número indeterminado de personas hasta el momento en que el investigador, inmerso en un proceso de recogida y análisis de la información que corren paralelos, considera que ha alcanzado un punto óptimo de “saturación de conocimiento”, en ese momento se da por finalizada la encuesta.

La noción de “saturación” se sustenta, según Bertaux (1980), en la existencia de “relaciones socioestructurales” particulares que organizan un medio determinado, y que por lo tanto reaparecen sistemáticamente en el estudio de los casos individualizados. Una vez identificadas y, comprobado que sus elementos se repiten, cada entrevista nueva no aporta nada a las anteriores, es ese el punto de saturación que sólo el investigador y su equipo pueden establecer: cuando tienen la impresión de no aprender nada nuevo sobre su objeto de estudio. Es evidente que para alcanzar la saturación es preciso asegurarse de que la selección de los informantes ha sido suficientemente diversificada y representa a la totalidad del universo, y no sólo a un grupo homogéneo, en cuyo caso la saturación se alcanzaría con



mayor rapidez. Atendiendo a esta pauta, aunque se admite una selección de los informantes siguiendo el procedimiento de “bola de nieve”- que el mismo Bertaux admite haber utilizado en su investigación-, es más recomendable la elaboración de tipologías previas a partir de la definición del universo muestral e, incluso, su cuantificación, que permita una elección más razonada y obligue al investigador a indagar cuanto menos entre todas las categorías establecidas.

La muestra así obtenida, según Bertaux, no sería representativa en un nivel “morfológico” (en el nivel de la descripción superficial), pero sí tendría “representatividad sociológica”. (en el nivel de las relaciones socioestructurales)

Aún aceptando estos argumentos, cabe concluir que, en la práctica, este tipo de investigación deja en manos del investigador, en el mejor de los casos, y del azar en el peor de ellos, el control de casi todas las condiciones necesarias para asegurar la validez de una investigación, puesto que la saturación se apoya finalmente en un sentimiento subjetivo de haber agotado todas las posibilidades de indagación, o de haber atendido de forma suficiente a todas las regularidades que permiten definir lo estructural. Por decirlo de forma contundente, nunca estaremos seguros de “qué” y sobre “cuántos” podemos generalizar. Ello no significa condenar las investigaciones así diseñadas ni descalificarlas: nos queda el consuelo de saber que difícilmente podríamos acceder a ciertas parcelas de conocimiento por otros medios, y la confianza en la función crítica de la ciencia.

En los relatos de inmigrantes no sólo hay una aproximación a la sociedad de acogida sino una búsqueda de encuentro con el otro diferente. Pasa a ser un observador participante dentro de la sociedad de acogida y trata de aproximarse a su conocimiento, descifrando sus códigos y sus rituales. Pero también son agudos analistas de la realidad, respecto de la cual, y a diferencia de los miembros originales, pueden tomar distancia. Y por eso ofrece una imagen de la sociedad que puede llegar a cuestionarnos. En los relatos de los emigrantes, como ha percibido Lacomba (2001), hay una mezcla de necesidad vital y de curiosidad activa. Como necesidad, busca sentidos, como curiosidad busca comprensión. Los relatos migratorios constituyen realmente un laboratorio social y cultural, en el que se someten a confrontación formas de ser y pensar.